EMILIO GONZALEZ DEL CASTILLO

Y JOSE MUÑOZ ROMAN

¡Allá Películas!

FARSA CÓMICA EN TRES ACTOS

PRIMERA EDICIÓN

MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

Calle del Prado, núm. 24

—

1932

¡ALLÁ PELÍCULAS!

¡Allá películas!

Farsa cómica en tres actos,

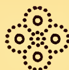
ORIGINAL DE

EMILIO GONZÁLEZ DEL CASTILLO

Y

JOSE MUÑOZ ROMÁN

Estrenada en el TEATRO CÓMICO de Madrid
la noche del 5 de Febrero de 1932



1932
GRÁFICA VICTORIA
Benito Gutiérrez, 15
MADRID

A D. Luis Montiel y Balanzat,

con nuestro gran afecto y sincera admiración

Emilio González del Castillo.

José Muñoz Román.

REPARTO

PERSONAJES	INTERPRETES
ANGELITA	Loreto Prado.
MILAGROS	Consuelo Nieva.
SEÑORA MARÍA.	Julia Medero.
MANUELA.	Luisa Melchor.
PETRA	Carmen L. Solís.
TOMASA	Amalia Anchorena.
ANTONIETA	Amalia del Cid.
SEÑOR ANDRÉS.	Enrique Chicote.
ANTONIO	José Cuenca.
MÍSTER COLLINSON . . .	Fernando Aguirre.
LUISITO . , ...	Francisco Melgares.
DON FROILÁN	José Lucio.
PERFECTO.	José Sampietro.
LORENZO	Antonio Martínez.
DON SEVERO.	José Delgado.
BROCHERO	Rodolfo Recober.
PELEGRÍN.	Juan Gómez Romero.
CELEDONIO	José Delgado.
REQUEJO	Abdón Rodríguez.
JHON	Natalio Rodríguez.
UN CAMARERO (no habla). .	N. N.

La acción en Madrid, actualmente.

Todas las indicaciones, lado del actor.

ACTO PRIMERO

En el Retiro, en uno de los puestos de helados y refrescos que hay junto al estanque grande, en la parte más próxima a la exposición filipina.

A todo foro, e iluminado con la viva luz de un espléndido dia del mes de mayo, el estanque, viéndose el embarcadero y el monumento de Alfonso XII, los dos, como es natural, muy distantes.

En las cajas, árboles y algún macizo de césped. En el fondo, alambrada. Libres los laterales. Hacia el foro izquierda, el puesto de refrescos, con garrafas para helados. En escena, veladores y sillas. Una gramola y un álbum de discos.

(Cuando empieza el acto, el señor LORENZO y REQUEJO guardas del Retiro, examinan el álbum con discos, que PETRA les muestra; sentados los tres junto a la mesa de la izquierda. LUISITO estudia ante el velador de la derecha. En la gramola suena, ya próximo a terminarse, un disco. Cuando termina, Petra lo quita y pone otro, que le entregan los guardas, a tiempo de enlazar con el diálogo.)

LUIS. (Estudiando.) Las lesiones del etmoides se caracterizan por las alteraciones de la pituitaria y las reacciones a los toques de los cornetes. (Desesperado.) ¡No puedo! ¡Me bailan las palabras! Este tema me lo repasó ella para el examen de Patología. Y cada vez que lo leo, se apodera de mí una hipocondría, rayana en la endocarditis aguda. (En este momento empieza a sonar en la gramola, el disco que ha puesto Petra. Luisito da un salto al oirle.) ¡No! ¡El *Pichi*, no, señor Lorenzo! ¡El *Pichi*, no, que me la recuerda!

Los OTROS ¿Qué dice?

LUIS. Se trata de un amor desgraciao, y cada vez que oigo ese schotish me tortura su recuerdo. (Llorando.) ¡El recuerdo de una mujer que nunca será mía!

LOREN. ¡Caray, qué drama! ¿Es que se ondulaba?

REQ. ¡Pobre muchacho!

LOREN. Sí, hombre; *quitar* pronto ese disco. (Petra obedece.) Buscaremos otro. Este mismo. (Empieza a sonar el tango «Mi caballo murió».)

LUIS. (Como antes.) ¡Ay!

TODOS ¿Qué pasa?

LUIS. *¡Mi caballo murió,* no! ¡No! ¡¡Que me la recuerda también!!

REQ. ¡Caray!

LUIS. Y es una desesperación la que se apodera de mí que... ¡¡Ah!! (Se tira del pelo.)

REQ. ¡Calma, joven!

PETRA ¡Quieto!

LOREN. *¡Parar* ese caballo en seguida, que este chico se desboca!

LUIS. Gracias, guarda. Me ha evitado usté una enterocolitis mucomembranosa.

REQ. ¿Cómo ha dicho usté?

LUIS. En-te-ro-co-li-tis mu-co-mem-bra-no-sa.

REQ. ¿Y qué es eso?

LOREN. Debe ser una enfermedad muy larga.

REQ. Cualquiera iba a adivinar.

LOREN. Es que estos estudiantes de Medicina, meten en tóo la Patología.

REQ. Bueno, ¿pero qué disco vamos a poner?

LOREN. No sé... Como no pongamos *«La canción del olvido»,* que es lo que no pué recordarle náa... (Buscan en el álbum.)

PETRA Pero, hombre, Luisito, contente.

LUIS. No puedo, señora Petra. La Milagros era pa mí más de lo que usté se cree. (Llorando.) ¡Y ver ahora que va a casarse con otro!

PETRA Vamos, no te apures así. Lo que sobran son mujeres bonitas.

LUIS. Pero no como ella.

LOREN. Pero si según la última estadística, cada hombre toca a veintitrés mujeres.

LUIS. Eso es cuestión de suerte, señor Lorenzo; porque a mí, por tocar náa más que a una, ¡hay que ver la bofetá que me gané la otra

tarde en el Palacio de la Música! Y es que mi desgracia es siempre la misma. Me falta tacto.

LOREN. Querrá decir que le sobra.

PETRA Bueno, lo que debes hacer es estudiar y acabar tu carrera.

LUIS. Eso se dice muy pronto, pero es que lo que a mí me pasa... (Llorando.) Son muchos días de venir aquí a que la Milagros me repase las lecciones... Y lección que ella me ha tomao, no puedo leerla ahora sin afectarme. ¡Qué repasos aquellos...! Abro el texto por cualquier sitio y... ¡Mire usté! (Abre el libro y lee.) Tema IV. De la cavidad craneana. ¿Ve usté? ¡Esta lección me l'ha tomao ella! (Llora.)

LOREN. Cálmese, hombre. A ver por aquí. Tema VIII. Del pulso.

LUIS. ¡También me lo ha tomao!

LOREN. Estaría usté indispuesto.

LUIS. Y tóo pa enterarme ahora de que mañana la lleva a los altares un ricacho sin que uno pueda evitarlo... Porque yo he pensao hasta en matarle, pero ¿cómo? Si aún no he terminao la carrera...

LOREN. Pero, bueno, Luisito, ***raciocinie,*** si es que puede. ¿Usté qué porvenir iba a ofrecerle a la chica?

LUIS. ¡Toma! Pues mi carrera.

PETRA Pero, hijo, si es una carrera de no llegar nunca. Porque es que, vamos, llevas ya tres años estudiando el cuarto de medicina.

LUIS. Sí, señora; y es pa lo único que he tenido suerte en la vida.

LOREN. ¿Cómo suerte?

LUIS. Verán ustés. Es que mi padre, que es un hombre muy severo, le dijo a mi patrona que yo venía a Madrí a aprovechar el tiempo, y que no me dejase salir, ni siquiera a dar un paseo.

PETRA Pues sí que lo cumples.

LUIS. Yo no lo cumpliré, pero hay que ver la alegría que recibe mi padre cada vez que la patrona le escribe diciéndole que llevo tres años sin salir del ***cuarto.***

LOREN. No está mal.

PETRA Y a tóo esto, ¿donde se habrá metido la Angelita...? ¡Otra que se ha puesto nerviosa con la boda de su prima Milagros!

LOREN. La pobre, como no le sale novio ni con recomendación...

PETRÁ Yo he venido a enseñarles unos mantones de última novedá; se ha puesto uno, y me ha dicho que me quedase un momento al cuidao del puesto, que iba a enseñárselo a la Antonia, la de la casa de Fieras.

REQ. (A Luisito.) Oiga usté, joven. Amos a ver si podemos poner este disco sin que usté se ***afezte.***

LUIS. ¿Cual es?

LOREN. ¿A ver? (Acercándose y leyendo la etiqueta del disco.) Debe ser algo de charanga, porque es celebrando la apertura de un establecimiento.

PETRA ¿Taberna o ultramarinos?

LOREN. No lo sé. Aquí solo dice: ***Apertura*** de Tanhaüser.

PETRA Ah, pues póngalo a ver, que eso debe ser muy divertido.

REQ. ¡Vaya hombre...! Ya hemos acertao. (Lo pone.)

LOREN. ¡Gracias a Dios que vamos a oir un disco completo!

LUIS. Ahí llega la Angelita.

ANGELITA (Entrando por la izquierda. Es una muchacha como de veinticinco años, y no muy agraciada.) ¡Petra! ¡Quite ese disco inmediatamente!

REQ. ¿Eh? ¡Pero...!

ANG. ¡Ahora mismo!

LOREN. ¿Pero es que a tí también te recuerda algo?

ANG. Me recuerda que por dos cochinas horchatas, están ustés tocando la gramola desde las diez y cuarto. Y, ea, s'acabó el concierto.

REQ. ¡Vaya una niña! Págale y vámonos.

LOREN. ¿Qué es esto?

ANG. Noventa.

LOREN. Pues ahí va: Una peseta. Las vueltas pa tí.

ANG. (Con guasa.) ¿Todas? ¡Jesús! ¡Ya se nota que no quié usté que me maree!

LOREN. Menos da un pedrusco. Amos nosotros a ver que hacen las parejitas esas de la Exposición filipina, que me paece que ellos son unos puntos.

REQ. Vamos. (Hacen mutis por la derecha.)

ANG. ¡Ah, oigan! Y si me prometen tomar mañana una bolita entre los dos, les tendré preparao al maestro Villa con la Municipal. ¡No me faltaba más que estos pelmazos, con el humorcito que tengo yo!

PETRA Bueno, ¿y del mantón, qué me dices?

ANG. Sí; muy bonito.

PETRA Y eso que no has visto bien estos otros. Mira este chino.

ANG. ¡Uy, qué preciosidá! ¡Jesús, y qué flecos! Trae aquí, que me lo pruebe (Contoneándose con el mantón.) Con esto, cualquiera está guapa... ¡*Misté* contoneo...! ¿Eh? (Respondiendo a alguien.) ¿Que si voy a ir a la verbena...?

PETRA ¿Con quién estás hablando?

ANG. Con unos que están embarcaos y tién gana de broma... ¡No, señor; no voy a la verbena! ¡Me asustan los tíos vivos! ¿Cómo? ¡Ustés lo pasen regular tal cual! Y sigan, sigan, que les cuadra muy bien lo de andar con cuatro remos.

PETRA Bueno, deja en paz a la marina mercante, y contesta: ¿Es verdá que tu prima Milagros hace tan buena boda como dicen? Porque, amos, según tóos, él tié lo suyo.

LUIS. Y en su caso, cualquiera. Con una tienda de vinos, y lo que ha llovido esta primavera, ya podrá.

PETRA Pues me alegro por la Milagros. Estará que no cabrá de contenta.

ANG. ¿Contenta? Lleva tres días de lágrimas, que yo creo que hasta el novio s'ha dao cuenta, porque viene a verla con impermeable.

LUIS. ¡Como que la casan a la fuerza!

PETRA ¿Pero es que el novio no la merece?

ANG. El novio es un hombre, que, ande se ponga el primero, él a su lao: bueno, cariñoso, muy serio y muy trabajador. Y luego su edá... ¡Aay!

PETRA ¿Joven?

ANG. Al revés. Un hombre maduro. (Con entusiasmo.) ¡De la edá que a mí me gustan!

PETRA Entonces, ¿qué le pasa a tu prima?

ANG. Náa, usté ya sabe que ella, desde pequeña,

andaba que se soltaba los tirabuzones por un tal Antonio.

LUIS. (Dolorido.) ¡No me lo recuerdes!

ANG. Y que mi tía le prohibió que le hiciera cara, porque era un golfo sin oficio ni beneficio.

PETRA Sí, mujer; ya lo sé. Pero Antonio se fué a Hollywood.

LUIS. Y ahora es ná menos que Antonio Sevilla, el as de la pantalla que trae revueltas a todas las niñas longuis.

ANG. Y con razón, porque besa... ¡Ay, Petra, cómo besa...! Se pone a dar un beso a las tres de la tarde, y a la hora de cenar le tién que avisar que lo deje, que está la mesa puesta.

PETRA ¡Jesús!

ANG. Y además, es tan joven...

PETRA Eso, sí; no tendrá más allá de los veinticinco.

ANG. ¡Ay! De la edad que a mí me gustan.

PETRA ¿Sí? Oye, bueno, pero a tí ¿de qué edá empiezan a no interesarte?

ANG. Pues de la edá... media.

LUIS. Claro. ¡No le vas a decir que sí a don Pelayo el de Covadonga!

ANG. Callen ustedes, que ahí llega la Milagros.

PETRA ¿Viene sola?

LUIS. ¿Sola? La Milagros no va nunca sola. Donde va ella, va la alegría del mundo, con esa cara suya que todo lo llena de risas. (Con gran entusiasmo.) ¡Uy, qué mujer! (Entra la MILAGROS por la derecha, y se sienta ante un velador demostrando su tristeza. Es una chiquilla de veintitrés años, muy bonita.)

ANG. ¡Milagros!

MILAGROS No me hables.

ANG. ¡Pero mujer...!

MILA. Déjame. No quiero oir náa. (Llora.)

LUIS. ¡Caray, con la alegría del mundo!

PETRA ¿Qué te pasa, chiquilla?

MILA. Me pasa... que hay días que no debía una salir a la calle, pa no ver náa de este mundo. Porque en casa, entre cuatro paredes y oyendo decir a todos «Tiés que hacer esto... Te conviene...», acaba una por atontarse, y se resigna; pero sale una en un día como

hoy, y mire donde mire, vé a otras mujeres con sus novios... Todas son felices con un poco de juventud. ¡Lo que voy yo a sacrificar por hacer el gusto de todos! Por eso se desespera una, y se hace envidiosa, y hasta le dan ideas de no sé qué...

ANG. ¡Pero, mujer, cálmate!

MILA. Es que sois tóos contra mí. Y tú, la primera que no tiés corazón.

ANG. (Indignada.) ¿Que no tengo...?

MILA. Me ves llorar, y como si no. Sabes que voy a ser una desgraciada con ese hombre, y no haces ná pa evitarlo.

ANG. Mira, no me toques la cuerda sensible. Que si empiezo a llorar, se van a creer que ha crecido el estanque. ¿De modo que no tengo corazón? ¿De modo que...? (Rompiendo a llorar escandalosamente.) ¡Aay...! ¡Aaay! (A Petra.) ¿Pero usté oye esto? ¡Aaay!

PETRA Por Dios, chicas, *calmaros,* que es que la ponéis a una... (Llora también.)

ANG. Y tóo porque me opongo a que siga esperando a Antonio, que a estas horas, ¡pa que lo sepas!, no se acuerda del santo de tu nombre.

MILA. (Despechada.) ¡Mejor!

LUIS. ¿Pero tú crees que, porque vayas al cine a verle en toas las películas que hace, y estés queriéndole como una lila, va a ser pa tí?

MILA. (Indignada.) ¡Tú, a estudiar!

LUIS. Y mientras, la muy prima, despreciando a toos los novios que le salimos.

ANG. Que no son pocos. Aquel pastelero de la calle de Fuencarral...

LUIS. ¡Don Matías! ¡No me lo recuerdes!

ANG. Un tío que tenía de aquí, (Acción de dinero.) que no quiá usté saber.

PETRA ¿Ah, si?

ANG. ¡Anda! Y que ya estaba la madre de ésta a punto de concederle la mano, pero se cruzó entonces el señor Andrés, y, como mi tía se dió cuenta de que tenía más pasta que el pastelero, pa él fué la mano.

PETRA Pero, oye, ¿es que tu madre sigue tan apegá al dinero?

ANG.	Como que la llaman en el barrio «La bolsa o la vida».
MILA.	El caso es que, entre unos y otros, me obligan a casarme con uno que no me merece.
PETRA	Pues yo tengo oído que os ha llenao de ***osequios.***
ANG.	Lo malo es que le da por las antigüedades, y nos tié la casa de trastos viejos, que no podemos ni rebullirnos. Va pa un mes que estoy durmiendo yo en una cama muy rara, que nos regaló diciendo que es del tiempo de los almohades.
PETRA	¿Y está bien?
ANG.	¿Que vá? Si no puó pegar un ojo, ni sé donde apoyar la cabeza.
LUIS.	Como que los almohades no dormían con almohadas.
ANG.	Oye, ¿pues con quién dormían...?
LUIS.	(Dudando.) Dormirían con las... Bueno, no lo sé, porque no estoy muy fuerte en Historia.
PETRA	Pero, vamos a ver, que yo me entere bien. ¿Entonces el señor Andrés es ese que l'ha dao la manía de revolver los puestos del Rastro, buscando antiquités?
MILA.	Sí.
PETRA	Que tié un Bar en el Puente Vallecas...
MILA.	El mismo.
PETRA	Acabáramos. Si le conozco yo. Pues, chica, sécate las lágrimas y alegra la cara, que no te casas con él.
TODOS	¿Qué dice?
PETRA	Y me choca que no estéis enteraos de lo que le pasa, porque lo sabe tó el mundo.
ANG.	¿Cómo? ¿Qué saben?
PETRA	Pues que ese hombre es un desgraciao pa eso del matrimonio. Ha estao a punto de casarse más de veinte veces, y siempre se ha deshecho la boda por algo. Es su sino.
MILA.	Mira si pasase ahora lo mismo...
LUIS.	Lo que es esta vez... Es mañana la ceremonia...
PETRA	No le hace. Más de cuatro bodas se le han estropeao en la misma Iglesia. De móo que no pierdas las esperanzas. (A Milagros.)
MILA.	Ah, pues me alegro saber esto, porque

ahora es cuando voy a hablar clarito con mi madre.

PETRA ¡Di que sí, chica! Esto que se hace contigo es un contradiós. Y yo que tú, me plantaba.

ANG. No conoce usté a la madre de ésta. Se planta ésta, y su madre la poda.

PETRA ¿Tan mal genio ha echao?

ANG. Pa que se haga usté una idea: La otra tarde tuvo unas palabras con la señá Antonia la de la casa de Fieras y, cómo se pondría en el altercao, que aquella noche tuvieron que darles tila a tóos los animales, incluso al conserje.

PETRA ¡Exagera, tú!

ANG. Pero si ahora, cada vez que entra allí mi tía, hasta el tigre se acurruca en un rincón y maúlla.

LUIS. ¡Que os falta carácter, y nada más! No quisiera yo más que coger a la señá María aquí, cerca del estanque, para decirle las verdades del barquero. (La señá MARIA ha entrado por la derecha, y queda escuchando. Angelita y Petra hacen señas a Luisito de que se calle.) ¿Cómo que no? (Como si hablase a alguien y muy enfadado. La señá María avanza hasta colocarse detrás de él.) ¡Señora! ¡Eso que hace usté con su hija es un crimen! ¡Y si usté no se dá cuenta, es porque es una burra! (Le hacen más señas.) No me da la gana de callarme, ¡ea! Para decir las cosas claras, yo me lo echo tóo a la espalda, ¡y el que venga atrás, que arrée!

ANG. ¡Ah, pues cuenta con ello!

LUIS. Y aún voy a decirle más. ¿Usté se cree que va a conseguir algo con esta boda? Pues está equivocada si se piensa que va a dar el golpe.

ANG. Cállate, que no está equivocada. ¡Que lo da!

LUIS. ¡Menudo soy yo cuando me suelto el pelo!

MARIA (Agarrándole por los cabellos.) ¡Suéltatelo ahora, si puedes, so ladrón!

LUIS. ¿Eh? (Aterrado.)

MARIA ¡Embustero!

LUIS. ¡Ay! ¡Suélteme usté, que me deshace la raya!

MARIA (Soltándole.) ¡Bocazas! Ya te estás largando de aquí.

LUIS. ¡Sí, señora! Como usté mande. (Coge su libro.) Pero es que yo he venido a pedirle a la Milagros... Porque el otro día, cuando me repasaba las lecciones, se quedó con una relación de los huesos de la cabeza...

MILA. Es verdá. Y otra de los nervios. El caso es que no sé donde las puse. Bueno, yo buscaré las relaciones esas. Vienes luego y te las daré.

LUIS. ¡Oye, que me examino pasado mañana!

MARIA ¡Anda de aquí, mal estudiante! Conmigo podías haber dao. ¡Ibas a saberte las lecciones de un tirón!

LUIS. (Aterrado.) ¿De un tirón? ¡Usté lo pase bien! (Aparte.) Esta señora no me vuelve a ver el pelo en su vida. (Mutis por la derecha.)

MARIA ¿De móo que murmurando de mí y del que mañana será tu marido? ¡Muy bonito!

ANG. Tía, no empiece como siempre.

MARIA ¡Tú, te callas! (Sentándola en una silla de un empujón.)

PETRA ¡Pero, señá María...!

MARIA ¡Y tú también! (Idem. Furiosa.) ¿Qué tenéis que decir de ese hombre? Dejando a un lao los regalos que tié el mal gusto de hacernos, ¿se le pué reprochar algo? ¡Maldita sea! Que le ponen a una que si no mirase... Bueno, no armo hoy aquí un escándalo porque me cogéis muy contenta.

PETRA ¡Ah, ¿si?

MARIA ¿A que no sabéis lo que he conseguido vender esta mañana? ¡¡El reloj de los liberales!!

ANG. y MILA. ¿Es posible? (Asombradas.)

MARIA ¡Gracias a Dios! (A Petra.) Sí, hija; un armatoste que nos tenía ocupao el cuarto oscuro. Es un reloj de mis abuelos, que simboliza el triunfo de los liberales, en el puente de Luchana, y para dar las horas, toca el Himno de Riego.

ANG. Más disgustos nos lleva daos... Ultimamente lo teníamos parao, porque se nos quejarón los vecinos.

MARIA ¡Estaba ya del dichoso reloj, hasta los pelos!

PETRA Pero, mujer, esas cosas antiguas, tién su valor.

MARIA Que va, si no ha habido trapero que nos haya ofrecido por él arriba de dos pesetas, y pa eso, pagando nosotras los acarreos.

ANG. Resultaba que se nos llevaban el reloj, y aún teníamos que dar los cuartos.

MARIA En fin, hoy ha caído uno que debe ser novato y m'ha dao siete pesetas. ¡Vaya bendito de Dios!

PETRA Ah, pues va a ser cosa de celebrarlo.

MARIA Y tanto que sí. Saca unas gaseosas.

ANG. Ahí llega el señor Andrés. ¡Y que viene hecho un figurín! ¡Vaya víspera de boda! (Se sientan a beber las gaseosas.)

MARIA (A Milagros.) Oye, tú, alegra esa cara; que como note que has llorao, te doy un soplamocos.

MILA. Déjeme en paz. (Aparece por la derecha el señor ANDRÉS. Es un hombre como de cincuenta años, campechano y simpático.)

ANDRES A las buenas tardes.

ANG. ¡Señor Andrés!

MARIA Salud a los buenos mozos.

ANDR. (A Milagros.) ¡Hola, chatilla! (A las otras.) Ya veo que hay humor y efervescencia.

MARIA Sí, señor. ¿A qué negarlo? Estamos bebiéndonos unas bolitas, pa celebrar una cosa que he conseguido al cabo de los años mil. Ya le contaré.

ANDR. Pues, oye, Angelita; sácate tres bolitas más, porque hay que celebrar a la vez otra cosa, que me tié a mí también la mar de contento.

ANG. Ah, ¿sí?

ANDR. ¡Y no digo náa, de cómo se van a poner ustées, cuando lo sepan!

MARIA ¡Hombre! ¿Qué es? ¿Qué es?

ANDR. ¡Ná...! Bueno, mi manía. Como sé lo que ustées disfrutan con los objetos de arte...

ANG. ¡Muchísimo...! Lo que es con sus regalos, estamos en casa, que no cabemos... ¡que no cabemos de alegría!

ANDR. Pues he encontrado hoy una ganga... ¡Lo

que menos se puén ustés imaginar...! Se trata de un reloj...

ELLAS (Poniéndose en pie.) ¿Eh?

ANDR. ¡Bueno, con decirles que pa dar las horas, toca el Himno de Riego!

MARIA (Aterrada.) ¿Y qué ha hecho usté? ¿Lo ha comprao acaso?

ANDR. En trescientas pesetas. ¡Una ganga!

ANG. ¡Oh, tremenda!

ANDR. Vengo de dejárselo a ustés en su casa.

MARIA (Indignada.) ¿Que lo ha llevao a casa?

ANDR. Naturalmente. Por cierto que, cuando ha empezao a tocar el Himno, no se puén ustés formar idea de la que se ha armao en la vecindá...

ANG. ¡Lo suponemos!

ANDR. Han empezao tóos los vecinos a gritar: «¡Otra vez! ¡Otra vez...!» Y no ha habido más remedio que repetir el Himno. ¡Como que hemos acabao todos dando vivas a Lerroux! Y lo más gracioso del caso es que me ha dicho el prendero que se lo ha comprao esta mañana a unos ignorantes que lo tenían arrinconao... Bueno, hay una de gente inculta que da asco.

MARIA (Aparte.) ¡Todavía le voy a dar con una botella!

ANDR. (A Milagros.) ¿Y tú, qué haces, que no dices ná?

MILA. ¿Qué quié usté que diga?

ANDR. Habla algo mujer, que eso no cuesta dinero.

MARIA Es que está la chica un poco nerviosilla.

ANG. Calcule usté: ¡en víspera de boda!

ANDR. Sí, claro; pero, vamos, cuando se hacen las cosas a gusto de tóos... Mira qué tranquilo estoy yo.

MILA. Es que usté ya estará acostumbrao a estas emociones...

ANDR. (Serio.) ¿Qué quiés decir? (Pequeña pausa.) Ah, vamos, comprendo. Eso es que ya os han venido a contar lo de mis bodas deshechas.

ANG. ¡No vaya usté a pensarse que lo creemos! Eso son murmuraciones.

ANDR. No, si no niego que sea verdá. (Como resigna-

ño.) Tengo esa desdicha... Tóo el mundo sabe lo que me pasó con la Fidela que, cuando faltaban dos días pa casarnos, se escapó con uno del gremio. ¿Pues y lo que me ocurrió con la Carola? No quiero recordarlo, porque aquello fué lo más sonao de mi vida.

MARIA ¿Lo más sonao?

ANDR. Figúrense que estábamos ya en la Iglesia, con el cura revestido pa echarnos las bendiciones, cuando se presentó un chulo que le llamaban el ***Salao***, diciendo que no consentía la boda, porque él estaba loco por la novia. ¡Bueno! Se organizó una ensalá de bofetás, que la verdá, cuando oigo hablar de la batalla del Salao, tengo mis dudas de si se refieren a la que se armó aquella mañana en la Sacristía de San Cayetano.

ANG. ¡Mi madre! ¿Y en qué acabó aquello?

ANDR. Pues el cura y dos invitaos, acabaron en la Policlínica del Distrito, y yo, sin saber cómo, me encontré al final de la calle Embajadores, en mangas de camisa, y les advierto a ustés que era en el mes de Enero...

MARIA Cogería usté un resfríao.

ANDR. Que estuve estornudando hasta Agosto; por eso digo que fué lo más sonao de mi vida.

ANG. Sí que es mala pata.

ANDR. Dice la gente que en cuanto yo pongo los ojos en una mujer, le sale otro que le gusta más. Y paece que la vida se ha empeñao en darle la razón... Pero ahora, no. Porque... (Trémulo.) Oye, Milagros... dime la verdá. (Con mucha emoción.) ¿Desde que hablas conmigo... te ha salido algún otro que...?

MILA. ¡Qué tonterías dice!

ANDR. ¿No te ha pedido relaciones nadie?

MILA. No. (Despectiva.)

ANDR. Respiro.

MARIA (Aparte.) ¡Pobre hombre!

ANDR. Y eso que esta vez estaba... ¡y estoy! decidido a no resignarme. Lo que ès si se dirige a tí alguno con esa pretensión... ¡Yo te juro

que lo mato! (En este momento entra en escena LUISITO por donde hizo mutis.)

LUIS. Hola. Ya estoy de vuelta.

MARIA ¡Luisito otra vez! ¿Pero es que ya se te han olvidao los tirones de pelo?

LUIS. No, señora. Uno toma sus precauciones. ¿Cómo está usté? (Se descubre y muestra que va pelado al cero.) Oye, Milagros, que vengo a lo de antes.

ANDR. (Escamado.) ¿Eh? Oiga el pollo rasurao. ¿Qué tié usté que decirle a esta joven?

LUIS. Pues nada: Que vengo a pedirle las relaciones.

ANDR. (Indignadísimo.) ¿Las relaciones? ¡Ay, su madre de este niño! Toma la contestación. (Le da una bofetada terrible.)

LUIS. ¿Eh? ¡Ay!

ANDR. ¡So ladrón!

TODAS (Sujetando al señor Andrés.) ¡Quieto!

LUIS. ¡Socorro!

LOREN. (Entrando.) ¿Pero qué pasa?

ANDR. ¡Lo hago polvo!

LUIS. ¿A mí? ¡Suelta!

TODAS ¡Por Dios!

LUIS. ¡Suéltame y verás!

ANG. ¿Qué vas a hacer?

LUIS. Pues ir a tomar el Metro. ¡Nos ha fastidiao! (Váse corriendo por la derecha.)

ANDR. ¡Dejadme que lo alcance!

MARIA Cálmese, que está usté equivocao.

ANG. Lo que pedía ese pobre chico eran unas relaciones de los huesos de la cabeza.

ANDR. ¿Es de verdá eso?

MILA. ¡Claro! Se examina mañana y las tenía que llevar.

ANDR. ¡Mi madre! Pues si no me lo llegan a advertir ustés, lo que es los huesos de la cabeza, se los lleva al catedrático en la mano.

MARIA Bueno, lo que vamos a hacer ahora nosotras es acercarnos a casa a ver esos mantones.

PETRA Bien pensao.

MARIA (Aparte a las otras.) Y de paso, a parar el reloj, porque estoy viendo que ese trasto condenao nos va a costar mudarnos de casa. Bueno. (A Angelita.) Y mientras, dale unas

vueltas al limón helao, que está como caldo.

ANG. ¡Y que lo diga usté! Ayer vino uno y me dijo que esto paece una tienda de guitarras y bandurrias, porque to lo que se expende, se da templao.

MARIA ¿Viene usté? (Al señor Andrés.)

ANDR. Vayan ustés, que no tardaré.

MARIA Pues hasta ahora. (Mutis izquierda.)

ANDR. (A Milagros.) Adiós, mujer, que nunca se te ocurre decirme náa.

MILA. Lo que se me ocurre es mejor que no se lo diga, créame. (Mutis izquierda.)

LOREN. No le hagas caso.

ANG. Oiga, ¿quién echar un vistazo al puesto, que voy ahí al lao, a ver si me prestan hielo?

LOREN. Vete tranquila. (Mutis Angelita por la izquierda.)

ANDR. Bueno; ahora que se han ido. Hoy la Milagros, ¿qué?

LOREN. Ha mirao a un teniente que viene toas las mañanas.

ANDR. ¿Cómo?

LOREN. Pero no te afeztes, que no viene por ella; es que le ha aconsejao el médico que se pasèe por aquí.

ANDR. Sí, ya lo sé. De un tiempo a esta parte les recetan a muchos de ellos el Retiro. ¿Ha mirao a alguien más?

LOREN. A un general que se ha encontrao a la salida.

ANDR. ¿Pero es que le ha dao por el Ejército?

LOREN. No te afeztes tampoco, que se trata del General Espartero.

ANDR. Sin bromas. ¿Ha vuelto ese don Matías, el pastelero?

LOREN. ¡Cá! Le tengo prometido un baño en el estanque si se acerca a Milagros.

ANDR. Se creía que se la iba a llevar por su dinero. Bueno; ¿enviaste el anónimo?

LOREN. Ya lo tendrá Antonio en su poder.

ANDR. ¿Y tú crees que dará resultao?

LOREN. Así que lo lea. Ya sabes que él, en cuanto ve un imposible... ¡Allá te va!

ANDR. Dios quiera que logre lo que me propongo.

Me asusta todo esto. Piensa que mañana es la boda... y que yo...

LOREN. ¿Pero es que te va a entrar el miedo a estas alturas, con lo acostumbrao que estás tú a estos trotes?

ANDR. Sí; en último caso, con avisar a Manuela, la de Puerta e Moros, asunto arreglao. Se presenta con sus sobrinitos en la Iglesia, y estropea la ceremonia. Pa eso es la única.

MANUELA (Entrando por la izquierda primer término y con sorna a Andrés.) ¿Se pué hablar con el contrayente?

ANDR. ¡Manuela! ¿Tú? (A Lorenzo.) ¡En nombrando al ruin de Roma...

MAN. ¡Dichosos los ojos...! Tres días llevo detrás de usté, sin echarle la vista encima.

ANDR. Pues tú dirás.

MAN. Náa que... como me he enterao de que se casa usté mañana, me figuro que necesitará de mí, como otras veces, y por eso he venido a hablarle a solas.

LOREN. Si estorbo... (Haciendo intención de irse.)

ANDR. Quédate. (A Manuela.) Aquí, es como si fuera otro yo.

MAN. Comprendido; otro sinvergüenza.

LOREN. (Asombrado.) ¿Sinvergüenza el señor Andrés?

MAN. ¡Andá! ¡Pero de los que lo llevan en la cédula! Menudo truquista está hecho.

ANDR. ¡Oye, tú...!

MAN. Así que no es truco hacer creer que es un desgracio con las mujeres, y que toas las bodas se le estropean. *Amos*, que si se enterasen de que es usté mismo el que se las manda deshacer, después de engatusar a la novia con el aquél de la boda inminente...

ANDR. ¡A ver si te has creído que, porque me ayudaste a deshacer dos de mis bodas, las demás se me han estropeao por mi gusto!

MAN. Cállese, que está una enterá de tóo: De lo de la Fidela, que hizo usté que dos días antes de la boda, la raptase un dependiente de usté.

LOREN. ¿Un dependiente?

MAN. Sí, señor. Por diez duros y un impermeable que se le había quedao a usté estrecho.

ANDR. ¿Estrecho? ¡Eso es una calumnia!

MAN. Y de lo de la Carola, que, por quinientas pe-

setas, consiguió usté que se presentase en la Iglesia el *Salao,* que hoy es su marido. ¿Y sabe usté lo que se dice por ahí? Que el primer chico de ese matrimonio, no tiene en la actualidad más que ocho años, y ya le da por ir al Rastro a adquirir antigüedades.

ANDR. Es que ha salido más listo... Bueno; pero conste que, en esta ocasión no es lo mismo.

MAN. (Incrédula.) ¿Ah, pero va usté a hacerme creer, que ahora se casa de verdad? Bueno; que llevo prisa: Usté me dirá si le estropeo la boda esta misma tarde, o mañana en la Sacristía... Ya sabe usté: En casa de la novia son veinticinco duros.

ANDR. Sí; y en la Sacristía, cuarenta. Conozco la tarifa.

MAN. Le *azvierto* que ahora rebajo un diez pór ciento, porque los chicos son míos.

ANDR. ¿Pero te has casao? ¿Con quien?

MAN. Con un *trabajador.* Un tal Celedonio. ¡Maldita sea! Al casarnos era del partido de la U. G. T.; cambió luego de ideas y se afilió a la C. N. T.; de resultas de unas reuniones políticas en la taberna del cinco, se fué aficionando al N. P. U.; hasta que, harta yo, le he dicho que, o cambia de ideas definitivamente y trabaja, o le hago yo ingresar en el partido de la R. I. P.

ANDR. Y que con tu genio, ya me figuro que vuestras broncas se oirán en el tercero B.

MAN. ¿Quié usté que le sonría encima de tener que trabajar pa mantenerle?

LOREN. Pobrecilla. ¿Y qué oficio tiene usté?

MAN. ¿Oficio? Uno de la Alcaldía, diciendo que me mude.

ANDR. Pues nada; vete tranquila, que si te necesito, te llevará éste un recao.

MAN. Que me necesita usté, es viejo. Si le conoceré... Usté es un tío caña, que se aprovecha de la proximidá de la boda, y saca lo que puede...

ANDR. ¡Chist! Te prohibo que...

MAN. ¡Y aún se enfada! Pero hombre, si usté se ha pasao la vida aprovechándose del anticipo reintegrable.

ANDR. Llévatela, Lorenzo; no vuelvan y...

LOREN. Descuida. No la dejo hasta el Angel Caído.

MAN. Condiós. Y lo dicho: Que me necesita usté, es viejo. (*Hace mutis con Lorenzo. Por la izquierda sale* ANGELITA. *Viene furiosa y angustiada, porque ha oído parte de la escena anterior.*)

ANG. ¿De modo que... «anticipos reintegrables»?

ANDR. (*Sobresaltado.*) ¿Eh? ¿Qué dices, Angelita?

ANG. (*Con creciente indignación y casi llorando.*) Que lo he oído todo y no sé cómo he podido contenerme hasta el final, sin darle a usté con una silla... ¡Tío logrero! ¡Canalla!

ANDR. Pero, oye...

ANG. ¡Váyase usté ahora mismo!

ANDR. ¡Angelita!

ANG. (*Con angustia, hasta terminar llorando.*) ¡Váyase; porque yo tengo un corazón muy leal, que me dice que aún es tiempo; que mi familia es muy honráa, y de mi prima no ha sacao usté lo que de otras infelices... (*Con gran angustia.*) ¿Verdá que de mi prima no ha sacao usté náa?

ANDR. (*Con sinceridad cariñosa.*) No, hija. ¡Por Dios!

ANG. ¡Es que le arrancaba a usté los ojos...! Bien nos ha engañao usté a todas con esa cara de primo. Y a ellas, no me choca, porque mi tía y mi prima, no tién mundo... pero a mí... ¡A mí! ¡Con el mundo que yo tengo, que es como pa pagar exceso de equipaje!

ANDR. ¿De modo que tú me creías bueno?

ANG. ¡A ojos cerráos! Como que, cuando empezó usted a seguirnos a la Milagros y a mí, me pasé cinco días pensando que era por una servidora. ¡Cinco días haciéndome ilusiones, aprendiendo a planchar trajes de caballero, y mirando los precios de tóos los armarios de luna y tóas las alcobas jacobinas. ¡Que me conocían ya en casa Sotoca!

ANDR. ¿Quieres saber... la verdá?

ANG. Sí.

ANDR. Pues la verdá, es que yo mañana... no me caso con tu prima.

ANG. (*Amenazadora.*) ¿Qué dice usté?

ANDR. Escucha con calma: Tú habrás oído hablar de esos pobrecillos que guardan el puesto

días y días, en la cola para el sorteo de Navidá. Aguantan chuflas de la gente, pasan frío, sufren incomodidades, y cuando llega el día veintidós, viene un señorito, dá diez duros, y el que vé salir el premio gordo es él.

ANG. Siempre y cuando que no se quede pa el Tesoro. Pero usté se servirá decirme a qué viene esta participación de Lotería y qué relación tiene eso con la Milagros.

ANDR. Es que yo soy uno que está guardando el puesto.

ANG. ¿Eh? Pero ese puesto... ¿lo vá usté a vender?

ANDR. Ese puesto lo guardo yo, por cariño. Se lo guardo a Antonio.

ANG. ¡El peliculero! ¿Y qué tié usté que ver con él?

ANDR. Antonio es mi ahijao.

ANG. ¿Su ahijao?

ANDR. Y en cuanto a quererle... más que si fuera hijo mío. Mira, Angelita; a qué tengo de contártelo, si acabas de oirlo; yo, con las mujeres, he sido siempre algo ligero...

ANG. Sí; una especie de surexpréss.

ANDR. Por reirme del cariño de todas, me encontré sin cariño de nadie, y, para tener alguno en el mundo, recogí a ese chico, al quedar sin padres, y le eduqué, inculcándole todas mis cualidades y mis defectos.

ANG. Se le nota.

ANDR. Y ya de mozo, cuando era toda mi alegría y mi orgullo, se fué de mi lao... como sabes a Hollywood... y yo quedé otra vez solo y sin cariño de nadie.

ANG. (Aparte.) A que todavía me hace llorar este tío ladrón...

ANDR. Como no me resignaba a perderle para siempre, le decía en mis cartas: «Ven, Antonio... vuelve con el viejo...» Pero él... ya sabes lo que es la juventud... Me contaba sus grandezas y sus éxitos, pero de volver... ¡nada! Y entonces yo pensé: ¿qué es lo que puede atraerle? Una mujer; la única que no se olvida, la que fué su querer primero: la Milagros.

ANG. Comprendido. Se enteró usté de que la pretendía el señor Matías el pastelero, y le quitó usté la vez, pa guardar el puesto a su ahijao. Pero, ¿a qué viene esto de llegar casi a la boda, si con escribirle a Antonio contándoselo, estaba todo resuelto?

ANDR. No le conoces. Antonio es peliculero, porque todo el mundo le aseguraba que eso era un imposible... Todos los imposibles le encantan, y todo lo fácil le aburre. Ejemplo: Antonio está en España hace quince días.

ANG. ¿Ha vuelto ya de Hollywood?

ANDR. Sí, señor; ha venido a hacer una película madrileña. Ayer llegó a Madrí, y... ya ves... como se piensa que la Milagros está esperándole, ni se ha dignao ir a verla. Ahora bien; esta tarde habrá recibido un anónimo avisándole que su novia se casa mañana con otro, y ¿qué te juegas a que antes de dos horas está aquí a pedir la mano de tu prima...? Y ahora comprenderás mi empeño en señalar la boda pa mañana. Había que buscarle a Antonio un imposible de los que a él le gustan. Porque... él, allá en Hollywood, hará películas, pero aquí, pa películas, yo...

ANG. Es que hace falta valor pa llegar al extremo de tomarse los dichos, dejar que le lean las amonestaciones y hasta sacar los papeles.

ANDR. Valiente dificultá pa mí. Los he sacao tantas veces que ya me los tién apartaos en la Vicaría.

ANG. (En quien surge de nuevo la duda.) Bueno. ¿Y quién me asegura a mí que todo eso que usté dice, no es uno de sus cuentos?

ANDR. ¿Lo dudas? Pues yo te demostraré que en todo...

LUIS. (Entra rápidamente por la derecha primer término.) ¡Angelita!

ANG. Luisito.

LUIS. (Al ver al señor Andrés, se echa atrás.) ¡Caray!

ANDR. (Aparte.) El pollo de los huesos.

LUIS. (Al señor Andrés.) ¿Hay algún inconveniente en que yo hable con esta joven? (Andrés le desdeña, y se separa.)

ANG. ¿Qué te trae? (*Se acerca a él y hablan en voz baja.*)

LUIS. ¿Has visto la «Estampa» de hoy?

ANG. No.

LUIS. Pues mira a quién le hacen una interviú. (*Mostrándole un número.*)

ANG. ¡Antonio Sevilla!

LUIS. Ha llegao ayer de Hollywood... Y, calcúlate; en cuanto se encuentre con la Milagros, se ha acabao para ella el señor Andrés. ¡Y me alegro! Ya que no es para mí, que no sea para ese vejestorio.

ANG. (*Aparte, mirando al señor Andrés.*) No me engañaba.

ANDR. (*Despidiéndose.*) Bueno, Angelita. Ahí te quedas.

ANG. (*Muy cariñosa.*) Hasta luego, señor Andrés.

ANDR. Vendré a convencerte de mi sinceridá.

ANG. Estoy casi convencida.

ANDR. Pues... en tí confío. Si sabes callar y me ayudas... pídeme lo que quieras. (*Mutis izquierda primer término.*)

ANG. Adiós. (*Aparte.*) Es un buen hombre. Si cuando yo me fijé en él... ¡Tengo una alegría...! ¿Y dice que le pida lo que quiera? Bueno, yo acabo pidiéndole la mano.

ANDR. (*Volviendo a escena.*) ¡Ah! Oye Angelita; que se me olvidaba... Por si entre los dos logramos que Antonio se case con la Milagros... vete eligiendo una alcoba jacobina. (*Mutis.*)

ANG. (*Nerviosísima.*) ¡Ay! (*A Luisito.*) ¡Trae acá la «Estampa»!

LUIS. Toma. (*Se la da. Aparte.*) ¡En cuanto lo lea...!

ANG. (*Con el periódico.*) A ver... Aquí... Sí... (*Leyendo.*) Doradas... con dos mesillas... en plazos de 50 pesetas mensuales... plateadas...

LUIS. (*Reparando.*) ¡Pero chica, que estás leyendo los anuncios! Entérate de la interviú.

ANG. Es verdad. ¿Qué dice?

LUIS. Que Antonio se ha casado y se ha divorciado tres veces.

ANG. ¡Tres veces! ¿Dónde?

LUIS. En Hollywood. Aquí lo pone: Con la Billy Darson, la Chulinsky y Patty Jhonson.

ANG. ¡Ay, que con esto no contaba el señor Andrés! ¿Conque la Billy? ¡Golfo! ¡Maldita sea! ¡Si sois toos iguales: Unos charranes,

unos granujas, unos zorros! (Zarandeándole.)

LUIS. Unos zorros, pero no sacudas; que siempre acabo yo pagando el pato.

ANG. Es verdá, ¡pobrecillo! Siempre se la carga el que menos culpa tiene. Trae, que te arregle el lazo. ¿Lo quiés apretao u flojo?

LUIS. Apretao, que es la moda.

ANG. Pues trae. (Empieza a hacerle el lazo de la corbata. En este momento, aparece, por segundo término derecha, ANTONIO SEVILLA, de espaldas a Luisito. Angelita, al verle da un grito, y aprieta sin querer el lazo.) ¡Ah! ¡¡Antonio!!

LUIS. (Medio estrangulado.) ¡Aah! ¡Flojo! ¡Flojo!

ANTON. (Avanzando. Es un muchacho como de veintisiete años, elegantísimo y simpatiquísimo. Vamos, un galán de película. Tras él, llega MISTER COLLINSON.) ¡Angelita! ¡Chiquilla! (Abrazándola.)

ANG. ¡Antonio!

ANTON. ¿Pero tú eres aquella que dejé así...?

ANG. La misma.

ANTON. Después de tanto tiempo sin verte.

ANG. En cambio a tí, te vemos tóos los sábados en el Pardiñas.

ANTÓN. (Risueño.) Ah, ¿si?

ANG. Chico, ¡cómo estás en ***La mujer de casi todos!*** Claro que la Greta Garbo también pone lo suyo, ¿eh?; porque, vamos, en la escena del ***budoire***, adoptábais unas actitudes, que yo pensé: Decían que Antonio se libró de quintas, pero ***miale*** ahí, ¡está soldao!

ANTON. ¡Siempre tan salada!

ANG. Tú si que tiés sombra.

ANTON. ¿Yo?

ANG. Por lo menos lo paece ese señor que llevas detrás. (Por Míster Collinson, que habrá permanecido impertérrito.)

ANTON. Voy a presentarte. Míster Collinson, director de escena de la Filiford.

COLLIN. (Saludando con marcado acento norteamericano.) ***¡Old raid!*** (Le estrecha la mano obligándole a dar vueltas, sin dejar de examinarla fíjamente. A Antonio, con desdén.) ¡Nada fotogénica!

ANG. (Asombrada.) ¡Anda, el tío este...!

COLLIN. (Al ver a Luisito.) ¿Eh? (Avanza y le saluda.) ***¡Old raid!*** (El mismo juego que con Angelita.)

ANG. ¿Pero es que se saluda así en Norteamérica?

ANTON. Es que Míster Collinson tiene la manía de descubrir artistas.

COLLIN. (A Luisito.) ¡Quieto! Haga un ligero, torpe movimiento. Míreme *osted...*

LUIS. ¿Yo? (Extrañado.)

COLLIN. ¡Oh! ¡Qué ojos! ¡Qué admirables ojos!

LUIS. ¡Ay mi madre, que le he gustao!

COLLIN. Tiene *osted* una mirada completamente de idiota.

LUIS. ¿Qué dice?

COLLIN. (Saca un cuaderno, y apunta.) Es un tipo ideal para el pequeño aldeano bruto. (A Luis.) Tratemos condisiones. (Míster Collinson va con Luisito a sentarse ante un velador. Hablan bajo. El primero sin perder de vista a Antonio, que habla con Angelita.)

ANG. ¿Y tú, qué te cuentas? Ni siquiera me has preguntado por quien tú sabes... ¡Lo que cambiáis los ases de la pantalla! Antes tenía que echarte mi tía a escobazos, y ahora... dos días en Madrid sin acordarte de nadie.

ANTON. (Serio.) Puede que nadie merezca el recuerdo.

ANG. (Enfadada.) Oye tú, que la Milagros...

ANTON. La Milagros... (Saca un papel y se lo muestra.) ¡Lée esto, y díme si es verdá!

ANG. ¿Un anónimo? ¡Anda y qué raro! Sin firma. (Aparte.) Letra del señor Lorenzo... (Lee.)

COLLIN. (A Luisito.) ¡Oh! Fíjese osté que ademán. Cada gesto de este hombre vale mil dollars.

LUIS. ¡Mi madre! Pues como yo resulte fotogénico, me voy a pasar el día haciendo guiños.

COLLIN. Contémplale tú, y aprenda *osted.* (Desde este momento, Míster Collinson con admiración y Luisito tratando de imitarle, siguen cómicamente los gestos y ademanes de Antonio.)

LUIS. ¡Pero si eso es facilísimo!

ANTON. Y ahora contesta. ¿Es verdad lo que dice ese papel? ¿Es verdad que se casa mañana la Milagros?

ANG. Pero, ¡por Dios!, qué tonterías hablas. ¿Tú crees que la Milagros está loca, pa olvidarse de un monumento de fidelidá como tú? ¡Con lo que tú has sido pa ella...! Que no

te has separao de su cariño más que... cinco años; que no has dejao de escribirle más que... tóo el tiempo que has estao fuera; y que no te has casao y divorciao más que... tres o cuatro veces, con la Billí, la Chulí y la Patatí.

ANTON. Bueno, eso de los divorcios comprenderás que es falso... Tonterías de la *reclame.* Y por lo demás, si es que habéis sido todos a quitarle la voluntad que me tenía, yo te juro que... (Esto dicho con gran energía, haciendo un gesto violento.)

COLLIN. (Como una bala.) ¡¡Quieto ahí...!! (Antonio queda estático en la citada actitud. Al lateral.) ¡Jhon! ¡Oh, qué gesto maravilloso!

JHON (Apareciendo con la cámara dispuesta.) Míster...

COLLIN. ¡Rueda! ¡Rueda! (Jhon empieza a hacerlo, dándole a la manivela.) ¡Bueno, bastante! (Váse Jhon.) Hemos conseguido un gesto de ira colosal para la película cuyo argumento es averiguar quien tiene la culpa de un crimen, y que se titula *Entre tres la tenían.*

ANG. ¿Entre tres la tenían...? Anda, pues esa película, ya sé yo como acaba.

COLLIN. A estos artistas intuitivos, hay que cogerles el gesto por sorpresa. Por esto voy siempre con él, y nos sigue el *cameramán,* preparado.

ANTON. Bueno, Angelita; habla en serio de una vez.

ANG. Pues la verdá. Ese anónimo no mintió. La Milagros se casa, y hace bien. Tú has sido pa ella un golfo, y un charrán, y... ¡amos, qué conmigo podías haber dao! Que te cogía así, y... (Transición.) ¡Oiga, Mister, llame al *camelancias* ese, que me va a tener que tomar un gesto.

ANTON. Pues para que lo sepas, no me iré de aquí sin decirle que es ella la falsa, porque ha olvidado nuestro querer y nuestras promesas.

MILA. (Que habrá aparecido unos momentos antes.) ¡Eso no es verdá, Antonio!

ANTON. (Al verla, corre a abrazarla loco de entusiasmo.) ¡Milagros!

COLLIN. (Entusiasmado.) ¡Oh! ¡Maravilloso! ¡Espléndido! ¡Muy real! ¡Muy real!

LUIS. ¡Toma! ¡Como que se está hinchando!

ANG. Oye, tú; suéltala ya, que no estás con la Greta Garbo, y hay público.

ANTON. (Con emoción y alegría a Milagros.) Aquí me tienes. Siempre el mismo para ti. Y tú también, ¿verdad, chiquilla? ¡Porque eso de que te casas, no puede ser!

COLLIN. ¡Basta! ¡No es esto! Está *osté* fuera de situasión.

ANTON. Déjeme en paz, Míster Collinson.

COLLIN. Oh, sí... Le dejo... (A Luisito.) Entre tanto, viene *osté*, para sacarle un primer plano.

LUIS. ¿Qué dice usté que me va a sacar?

COLLIN. ¡Los ojos!

LUIS. (Asustado.) ¡Mi madre! (Mutis derecha.)

COLLIN. Oiga... Espere... No corra... (Mutis tras él.)

ANTON. (A Milagros.) La chavalilla aquella que era mi orgullo y mi alegría... La que todos me envidiaban, no puede ser de otro hombre. ¡Dime que no!

MARIA (Entra en escena y les vé abrazados, indignándose.) ¿Eh? ¿Qué es èsto? ¡Antonio!

ANTON. (Acercándose, cariñoso.) Señora María...

MARIA Pocas palabras; que por muy peliculero célebre que seas, pa mí eres el golfo de antes, y tú no haces desgraciá a mi hija; ya lo sabes.

ANTON. ¿Ah, sí? Pues óigalo de una vez; quiera usted o no quiera, esta mujer será para mí.

MARIA Esta mujer se casa mañana con un hombre honrao.

ANTON. Ese hombre honrado tendrá antes que verse conmigo.

MARIA No te vas a atrever. ¡Ya te he dicho que es un hombre!

ANTON. ¿Quién?

MARIA El señor Andrés, el del Puente.

ANTON. ¡Mi padrino!

TODOS. ¿Qué?

ANG. (Aparte.) Ya está aquí el drama.

ANTON. (Con tristeza.) Con ese... no me atrevo. Tiene usted razón. El me recogió, y me ha educado, y a él le debo todo lo que soy...

ANDR. (*Por donde hizo mutis. Ha escuchado unos momentos y dice con fingida emoción:*) ¡Antonio!

ANTON. ¡Padrino!

ANDR. Sólo una cosa te pido, a cambio de todo eso que tú dices que me debes... Ya que te fuiste dė mi lao, dejándome sin tu cariño, no me quites ahora el de esta mujer, que es mi única ilusión en la vida.

ANTON. ¡Es que yo la quiero!

ANDR. Pero has perdido su amor.

MILA. ¡Miente usté! (*Con energía.*) Para mí no hay más hombre que Antonio!

ANTON. Ya lo oye usté, padrino; y ante ėsto si que no hay gratitud que obligue. ¡La Milagros, será mía!

ANDR. ¡La Milagros se casa mañana conmigo!

ANTON. ¡Sabré impedir la boda!

ANDR. (*Recalcando mucho.*) Eso es... ***un imposible.*** ¡Oyelo bien! ***¡Un imposible!***

ANTON. ¿Un imposible? ¡Lo veremos! (*Mutis derecha primer término.*)

MILA. ¡Antonio! (*Sollozando.*)

MARIA ¡Hija! (*Acudiendo a ella.*)

ANG. (*Aparte al señor Andrés.*) ¡Pero qué porvenir tié usté en el cine sonoro!

ANDR. (*Aparte a Angelita.*) ¡Los esfuerzos que he tenido que hacer pa nó darle un abrazo!

ANG. Sí que ha sido un acto de energía.

ANDR. Pues esto no es más que el primer acto. ¡Ya verás el segundo mañana en la parroquia!

TELÓN



ACTO SEGUNDO

Antesacristía de una parroquia de Madrid. Puertas laterales que conducen, la del lateral derecha a la Sacristía y la del lateral izquierda a la calle. Al foro, gran puerta que conduce a un patio por el que puede pasarse a la Iglesia. Ventanas con vidrieras de colores y detalles al buen gusto del pintor. Sillas, bancos de madera y dos mesas, una pequeña y otra en la que aparece servido el lunch, compuesto de fiambres, bocadillos, pasteles y varias botellas de vino. Es por la mañana.

(Cuando levantan el telón, aparecen en escena PELEGRIN, sacristán de la parroquia, UN CAMARERO DE HOTEL que figura haber terminado de colocar sobre la mesa, el citado servicio de lunch, para la boda y COLLINSON y LUISITO en otra mesita, ambos escribiendo. El primero de frente y Luisito, que viste en este acto un traje como el de Collinson, de espaldas al público.)

PELEG. — (Al camarero que se dispone a marchar.) Eso, desde luego. Vaya usted descuidado. Los invitados no se atreven a tocar nada hasta después de la ceremonia, de modo que el *lonch* estará intacto. (Mutis camarero por la derecha. Pelegrín examina el lunch.) Emparedados... Medias noches... Fiambres... ¡Lo de siempre! (Se come un emparedado. A DOÑA TOMASA que entra en escena por el foro con el cepillo. Viene de la iglesia.) ¿Qué hay, doña Tomasa? Hoy se habrá dao bien la recaudación de las sillas, porque con dos bodas...

TOMA. — ¡Pchs! No te creas. Seis pesetas, cinco cupros, veinte gordas, doce chicas y siete botones. Oye, ¿quienes son esos extranjeros?

PELEG. Unos americanos del cine. Van a hacer una película madrileña en la que hay una boda, y han pedido permiso a don Severo pa tomar notas.

TOMA. ¡Hombre, ya han traido el *lonch*!

PELEG. Sí; le he dicho al camarero que lo deje ahí, porque, como aquí no entran los invitados, no hay peligro de que merme.

TOMA. Es verdá. (Se come un emparedado. Pelegrín otro. Cogen una botella, la descorchan tranquilamente, y beben los dos.)

COLLIN. (A Luisito.) Apunte. En España, en las bodas, ser costumbre típica llevar a la iglesia un *lonch* para almorsar sacristanes.

LUIS. (Levantándose.) Oiga usté, míster. ¿Y yo no podía probar un bocadito?

COLLIN. ¡Oh! ¡Imposible! Hay que conservarse la línea, hay que entrenarse...

LUIS. Sí; y hay que jorobarse.

COLLIN. Ha tomado *osté* alimento sufisiente hasta las siete de la tarde: un tasón de café, veinte gramos de pan, quinse de mermelada y *manteco* y onse de asúcar.

LUIS. ¡Caray! Es que esto de darme el desayuno con una báscula Toledo...

TOMA. ¿Qué le pasa?

LUIS. Náa; que desde que me he enterao de que soy fotogénico y puedo comer del cine, no saben ustedes el hambre que estoy pasando.

PELEG. Ah, ¿pero usté tiene aptitudes pa la pantalla?

LUIS. Como que voy a impresionar en seguida una película hablada en español, para lo cual ya estoy aprendiendo el mejicano.

COLLIN. Lo peor de esto es que la sinta sólo es un sincuenta por siento hablada... Me parese que la Filiford, va a tener poco interés en haserla.

LUIS. ¿Poco interés y dice usté que es un cincuenta por ciento?

COLLIN. De esto ya hablaremos. Ahora nos interesa tomar datos de la boda para la otra sinta. (A Pelegrín.) ¿A qué hora es la boda?

PELEG. Según a la que se refieran, porque hay dos: La de doña Milagros Ruiz, cuyo futuro se llama don Andrés; y la de doña Antonieta

Pulgares, cuyo futuro se llama Perfecto.

LUIS. ¿Antonieta Pulgares? ¿Pero se casa Antonieta?

PELEG. Sí, señor; la ceremonia estaba anunciada pa las nueve.

LUIS. Pues son las diez y media. ¿A qué obedece el retraso?

TOMA. A los caprichos de la novia, que está más loca que un cencerro. Primero empeñada en que la casasen tres curas, y ahora en que no se casa si no le ponen monedas de oro pa las arras.

PELEG. Ya ha ido a buscarlas don Froilán, el tío del novio.

TOMA. Y que estará pasando el pobre unos apuros pa dar con ellas, porque... guárdenme ustedes el secreto, pero yo sé cómo está de metálico.

LUIS. ¿Acaso en las últimas?

TOMA. ¡En las póstumas! Tiene hipotecao hasta el panteón de familia.

LUIS. ¡Caray! ¿Y casa al sobrino nada menos que con la hija única de los Condes de Encinares?

TOMA. Pues por qué es la boda, más que por la dote. (Con misterio.) La mitá de los invitaos son acreedores del novio, que vienen a convencerse de la boda por sus propios ojos, porque...

LUIS. Sí; le guardaremos el secreto.

TOMA. Lo mismo el tío que el sobrino se han llenao de deudas por aparentar durante el noviazgo. Con decirles que el pobre don Froilán ha tenido que traspasar la camisería.

LUIS. ¿Qué camisería?

TOMA. La suya; la del sesenta y cuatro de la calle de la Montera.

LUIS. ¡Ah, sí! Esa que se titula «A fuerza de puños».

COLLIN. Muy pintoresco. Tomaremos nota. (A Tomasa.) Y estos acreedores, ¡claro! estarán ya impasientes cada vez que se retrasa la boda.

TOMA. ¡Anda! ¡Si les oyera usté los comentarios que hacen...! Cada vez que la novia pone un nuevo inconveniente, se arma entre ellos

una polvareda... En fin, voy a pasarles el cepillo. (*Coge otro emparedado y hace mutis por el foro, comiéndoselo.*)

PELEG. (*Que ha estado cargando un incensario.*) Así es la vida. Unos individuos que deben hasta la respiración y los oye usté, y parece que descienden de los cuatro pares de Francia... ¡Me fastidia la gente con tantos humos! (*Dándole al incensario fuertemente, luego coge un emparedado y dice:*) ¡Ah! Oigan: Háganme el favor de echar un vistazo a las bandejas, que hay quien abusa. (*Mutis derecha.*)

LUIS. Bueno, Míster Collinson; y ahora ¿qué hacemos? Porque supongo que no habremos venido a ver cómo el sacristán se come el ***lonch.***

COLLIN. ¡Oh, Loisito! ***Osté ser*** muy fotogénico.

LUIS. (*Complacidísimo.*) Muchas gracias.

COLLIN. ***Osté*** tiene un gran porvenir en la Filiford.

LUIS. (*Desvaneciéndose.*) Míster...

COLLIN. Pero ***osté*** es bastante, ***moy*** bruto.

LUIS. ¿Cómo?

COLLIN. ***Osté*** no comprende que mi ***objetivo*** no es tomar notas. Mí ha venido a impedir que Antonio Sevilla, haga una de sus grandes tonterías de español fogoso y atropellado.

LUIS. ¿Pero usté cree que vendrá a impedir la boda de Milagros con el señor Andrés?

COLLIN. No ha aparecido en toda la noche por el Hotel Palace, y yo temo que haga esto que ostedes llaman... una ***pollinada.***

LUIS. ¿Y usté qué piensa hacer para impedirlo?

COLLIN. ¡Todo! Antonio es la estrella de la Filiford. Tres películas empesadas. Gastos de propaganda hechos. El contrato lo marca: No puede tener grandes disgustos que adelgasan, ni enormes alegrías que engordan, no puede enfermar, no puede morir. La Filiford sabrá impedirlo.

LUIS. Bueno, pero si él quiere casarse...

COLLIN. ¡Ya he dicho que no puede ocurrirle ninguna gran desgrasia!

ANTON. (*Entrando por la izquierda preocupado, nervioso. Lleva gorra y pañuelo de seda.*) Buenos días.

COLLIN. ¿***Osted*** aquí?

ANTON. ¿Ha venido mi padrino?

COLLIN. ¡Oh, no! Aún no es la hora del casamiento.

LUIS. Pero, Antonio, ¿qué intenta usted?

ANTON. ¡Ni lo sé yo mismo!

COLLIN. Mí lo sabe: una locura.

ANTON. ¡Míster!

COLLIN. Pero mí quière advertirle, antes de todo, que con esto no está conforme la Filiford. *Osted* era en Hollywood un hombre equilibrado; *osted* se es adaptado a nuestras costumbres; nunca del jamás comprometió en sus aventuras con las mujeres el corasón, ni hiso otras tonterías que las indispensables para una buena *reclame.* Pero *¡carramba!* desde que ayer ha visto a esta novia bonita española morena, *osted* ha cambiado completamente.

ANTON. Es verdad, míster Collinson. Yo traía metido el hielo de las costumbres de Norteamérica, en la sangre; pero vi a esa mujer, y el hielo se ha fundido y la sangre empieza a hervir en mis venas, y han vuelto a abrasarme las ansias de quererla, y a morderme los celos, y a ser otra vez el de antes, el de Madrid... ¡Porque yo he nacido en las Peñuelas, según se baja por la Ronda a mano izquierda, míster!

LUIS. (Entusiasmado.) ¡Olé los chulos!

ANTON. Desde ese momento volví a sentirme madrileño, y quise buscar ese Madrid, el mío, el que no ha cambiado y en cada rincón guarda algo de mi vida; no ese otro Madrid extranjerizado de la Gran Vía y el Hotel Palace.

LUIS. Tiene usted razón; porque ahora, a fuerza de rascacielos y señales luminosas, lo han puesto que es una birria.

ANTON. Me fuí a buscar a mis amigos de entonces; para no hacer mal papel, dije: nada de sombrero, que desentona. Cogí esta gorrilla y este pañuelo y eché Mesón de Paredes abajo. —Estarán de seguro en la taberna de Zoilo, tomándose unas limpias. Llego... y allí no había ni amigos, ni Zoilo, ni taberna... ¡La han convertido en un bar pintado de colorines, con una pianola que toca

charlestones! Me fuí al baile de la Costanilla, recordando aquella alegría de la noche de un sábado lleno de ilusiones de juventud, risas de modistillas y música de organillo, y me encontré... con una orquesta de negros y seis tanguistas bailando con unos señoritos, que se echaron a reir al verme y me miraron con extrañeza como diciendo: ¿qué buscará aquí ese chulo aburrido? Lo comprendo; desentonaba de todos, y es que anoche, ¡estoy seguro! el único que llevaba gorra en Madrid, era yo.

LUIS. Nada, que se le ha perdido a usted su pueblo.

ANTON. Eso llegué a pensar, pero no. Le encontré, por fin, al doblar una esquina... Era su calle, donde ella vivía cuando fuimos novios; la misma ventana con reja, los mismos claveles, y el mismo rayo de luna que me venía a dar en los ojos cuando estábamos de charla, como diciéndome: «Antonio, que ya es tarde y mañana tiés que madrugar.» ¡Aquello sí que era Madrid! ¡Mi Madrid!

LUIS. Pero los amigos...

ANTON. En aquella calle lo son todos. El señor Juan, el sereno, la viejecita del bajo, el señor Antero, que vende periódicos... Todos me han reconocido, y todos me han hablado de ella, preguntándome, unas veces por lo claro, y otras, con los ojos: ¿Pero es verdad que tu novia, la Milagros, se va a casar con tu padrino? Y en todas las preguntas y en todas las miradas, acabé descubriendo, o burla o lástima o no sé qué para ella. Y no son ellos solos, es todo el mundo que me mira y espera de mí... algo que no adivino... Ustedes mismos que me aguardan con miedo de que haga una locura... Una locura que estoy luchando por arrancar de mí desde anoche, porque desde que estuve en su calle, en «nuestra» calle, lucho por no quererla y la locura es que la quiero cada vez más.

LUIS. Y menos mal usté, que tiene el recuerdo de la calle, de los claveles y del rayo de luna...

Peor es el que no tiene más recuerdo que un repaso de la asignatura y seis suspensos.

COLLIN. ¡Oh! ¡Oh! ***Ostedes*** españoles, desididamente son siempre Don Quijote enamorado de ***La Niña de la Mancha.*** Yo les diré a ***ostedes*** lo que en este caso haría un norteamericano.

ANTON. Pues si ustedes son amigos de verdad, vengan conmigo y sabrán lo que va a hacer un hombre. (Mutis izquierda.)

LUIS. ¿Qué irá a hacer?

COLLIN. ¡Oh, ***carramba!*** ¡La pollinada! (Mutis los dos tras él. Del lateral derecha salen PERFECTO y BROCHERO. El primero es el novio de la otra boda, el segundo el más temible de sus acreedores. Viene muy agitado y colérico y Perfecto tratando de calmarle.)

PERF. Pero cálmese usté, señor Brochero.

BROCHE. (Gritando.) No puedo calmarme, como no puede calmarse ninguno de los que hemos venido aquí a lo mismo: a tener la seguridad de que usté se casa con esa señorita, que será la única manera de que podamos cobrar lo que nos debe.

PERF. Baje usté la voz...

BROCHE. (Más fuerte.) ¡No bajo nada! ¡Lo que usté nos debe!

PERF. Pues tenga usté un poco de paciencia que es cosa de unos minutos, porque mi tío ha ido a buscar las arras.

BROCHE. Es que son ya muchos retrasos y esto va pareciendo una burla, y...

PERF. ¡Calle usté, que ahí llega! (Viendo llegar por la izquierda a FROILAN.)

BROCHE. ¡Gracias a Dios!

PERF. (Con ansiedad, yendo a él.) Tío Froilán, ¿qué? ¿Traes las onzas?

FROI. (Con desaliento.) Vengo desesperado. No he podido encontrar más que cinco. Hoy me he convencido de que la emigración de capitales es un hecho.

PERF. Pues Antonieta sigue diciendo que sin arras de oro, no se casa. ¿De dónde sacamos ahora las otras ocho?

FROI. Yo, por si acaso, he traído todo lo que he

encontrado. A ver si esto sirve... (*Desenvuelve un pañuelo, del que va sacando lo que dice.*)

PERF. ¿Qué traes?

FROI. Tres medallas de San Roque bendito; dos del Puente Sampayo; dos premios de la exposición canina y una medalla de Sufrimientos por la Patria, que me ha prestado un progresista.

SEV. (*Entrando por la izquierda. Es el cura párroco.*) ¡Por los clavos de Cristo, señores!

LOS TRES Don Severo.

SEV. Vean ustedes de convencer a la novia, porque esto es ya intolerable.

FROI. ¿Es que pone algún nuevo inconveniente?

ANTONIE. (*Entrando, muy nerviosa, por la izquierda, seguida de* TOMASA, *que le sostiene la cola del vestido blanco de novia.*) ¡No me caso, no me caso y no me caso!

PERF. Pero Antonieta...

ANTONIE. ¡Ya está dicho! Y cógeme la cola tú, que esta señora no acierta.

PERF. Sí, rica, preciosa. (*Le coge la cola y desde este momento tiene que seguir todos sus movimientos cómicamente.*)

BROCHE. (*Aparte, quemadísimo.*) ¡Ay, qué niña!

ANTONIE. ¿Trajeron las arras?

BROCHE. Las tiene aquí, el señor. (*Por Froilán.*)

SEV. Entonces vamos allá y acabemos de una vez.

ANTONIE. ¿Pero es que pretenden ustedes que me case sin que haya llegado la Presidenta de la Congregación de Hijas de María?

SEV. ¿Es que también tenemos que esperar a la Presidenta?

ANTONIE. Como que hasta que no venga no me caso.

FROI. ¡A ver, uno que vaya a avisarla!

BROCHE. Iré yo en un salto. ¿Dónde vive?

ANTONIE. En Valencia...

TODOS ¿Eh?

ANTONIE. Número treinta y dos, duplicado.

FROI. ¡Ah! Pues ande usted, Brochero. Pasad vosotros a la Sacristía.

ANTONIE. Que si no viene no me caso, ¿eh? (*Mutis con Perfecto por la derecha sin dejar de decir:*) ¡No me caso y no me caso...!

FROI. (*A Brochero.*) ¿Qué le parece a usted?

BROCHE. Que si no se casa, hay tragedia. (*Mutis izquierda.*)

FROI. ¡Qué niña! (*Vase derecha.*)

SEV. ¡Otro retraso! Me parece que pierdo el tren de las doce.

TOMA. ¿Qué le pasa, don Severo?

SEV. Que es el santo de mi hermano, el que vive en el Escorial, y he quedado en ir a comer con ellos, pero estoy viendo que...

TOMA. Lo que es con esta novia tan insoportable...

SEV. Ya, ya... ¡Lástima de capones!

TOMA. ¡Y que lo diga usted!

SEV. No. Yo aludo a los que asa mi cuñada, que están sabrosísimos. En fin, todo sea por Dios. (*Mutis por la izquierda. Entra el señor* ANDRES, *vestido de novio. Ha de resultar cómico el indumento.*)

TOMA. ¡Hombre! ¡El otro novio!

ANDR. Oiga, sillera. ¿Han venido ya los invitaos?

TOMA. Sí, señor. Por ahí dentro andan mezclaos con los de la otra boda. ¿Quiere usted que avise a alguno?

ANDR. No; esperaré a que llegue la contrayente.

TOMA. Como usted mande. (*Mutis foro.*)

ANDR. Creo que vengo como pa una portada de «La Moda Elegante». Y que traigo el chaqué de toas mis bodas; una prenda que tengo que guardar bajo llave, porque ha adquirido tal costumbre de ir a contraer matrimonio que, si un día me dejo el armario abierto, se viene solita a la Iglesia y se arrodilla delante del Altar Mayor.

ANG. (*Entrando. Viene ataviada como para asistir a la boda. Mantilla, peineta, etc., etc.*) ¡Señor Andrés!

ANDR. Hola, tú, chica. Vienes hecha un brazo de mar.

ANG. Lo que vengo es con el alma en un hilo, señor Andrés.

ANDR. ¿Pues qué pasa?

ANG. ¿Y aún pregunta qué pasa? ¡Amos, que da no sé qué verle tan tranquilo!

ANDR. Tranquilo, ¿eh? (*Por el lado izquierdo del pecho.*) Pónme la mano aquí, y díme qué tocas.

ANG. (*Lo hace y dice:*) Una estilográfica.

ANDR. Más abajo.

ANG. ¿A ver? ¡Caray! ¿Es el corazón, o una máquina Sínger?

ANDR. Repara en mi situación, Angelita: yo, aquí, de chaqué, los invitaos aguardando, la novia al llegar, el cura revestido... Y a ti te *costa* que esta boda no pué realizarse! Díme si no es pa tener aquí una máquina Sínger con motor eléctrico.

ANG. Usté tendrá una maquina Sínger, pero anda, que yo tengo el autogiro Lacierva. ¡Ay, señor Andrés, que me paece que ha llegao usté demasiao lejos! ¡Que falta media hora pa la ceremonia, y Antonio sin dar señales de vida!

ANDR. ¿Pero no le oíste ayer en el Retiro jurar que esta boda no se realizaba? Pues yo te aseguro que viene y la impide.

ANG. También aseguraba usté que anoche, antes de las nueve, se presentaría en casa a echarlo tóo por tierra; y dieron las nueve, y las diez, y las once, y cerraron el portal, y no apareció.

ANDR. Estaría durmiendo.

ANG. No, señor. Porque yo, al ver que no venía, me he levantado esta mañana a primera hora, y he ido a buscarle al hotel, pa decirle que no tenía sangre en las venas si consentía que su novia se casase con usté. Y, pa que usté lo sepa, en el hotel me han dicho, que no ha ido por allí en toda la noche. De modo que ya ve usté lo que le importarán la Milagros, y la boda de usté, y todo, que se va de juerga.

ANDR. Sé donde ha estao Antonio esta noche. Estate tranquila, que si la boda está anunciada pa las once, a las once menos cuarto está él aquí a armar la garata. ¡Si le conoceré yo! (Entran en escena LORENZO y la señora MARIA. Los dos trémulos.)

MARIA ¡Ay, señor Andrés!

ANG. ¡Los padrinos!

MARIA ¡Ay, qué horrible!

LOS DOS ¿Qué pasa?

LOREN. ¡Espantoso! Lo que menos se puén ustées imaginar.

ANDR. *Hablar* de una vez, caray.

LOREN. ¡La Milagros...!

ANDR. ¿Qué?

MARIA Después de estar todas arregladas se sale con que no quié venir a la Iglesia, ni arrastras.

ANDR. ¿Cómo que no?

MARIA Y ha jurao que si la obligamos a casarse con usté, se mata. (Llora.)

ANG. (Muy asustada.) ¿Que se mata?

ANDR. ¿Pero es que... me rechaza a mí?

MARIA Sí, señor. Dice que pa antigüedades, bastantes le ha regalao usté ya. Y por si acaso, tié disueltas en agua tres cajas de cerillas.

ANG. ¿Tres cajas? (Más asustada.) ¡Ay, Dios mío!

ANDR. Bueno, caray... Serán del Monopolio, ¿eh?

LOREN. ¡Claro que sí!

ANDR. Entonces tranquilizáos; son inofensivas.

MARIA No puedo tranquilizarme, y menos tomar a broma esto.

ANDR. Es que yo...

MARIA Usté, como todos, se figurará que, al preferir pa la Milagros un marido con posibles, lo hacía por codicia, y no es eso. Yo he pasao mucho en la vida, y pensaba que sólo el dinero le podía dar a mi hija la felicidá; por eso no me dolían sus lágrimas. Pero ahora...

ANDR. ¿Qué?

MARIA Ahora acabo de verla con su traje de novia, la mayor ilusión de las mujeres.

ANG. (Sollozando cómicamente.) ¡Sí, señor! ¡La mayor ilusión de las mujeres!

MARIA Y lloraba con un desconsuelo que me ha llegao al alma. He comprendío mi ceguera, y vengo a pedirle, aunque sea de rodillas, que no me la haga usté desgraciá; que renuncie a esta boda...

ANDR. ¡Eso no pué ser, señá María! ¿Verdá Angelita que no pué ser...? ¡La Milagros tié que venir a casarse, o no tién ustés formalidá!

LOREN. ¡Hombre, Andrés!

MARIA No. Si lleva razón pa decirme tóo lo que se le antoje.Aquí me tié usté. ¡Insúlteme!

ANDR. ¡Señá María!

MARIA Usté no es padre y no pué saber lo que se

hace con tal de no ver desgraciao a un hijo.

LOREN. (Que ha ido al foro y vuelve.) Callarse, que ahí llega Antonio.

ANG. ¿Antonio?

ANDR. ¿Lo ves? No te lo decía yo... Anda, llévate a tu tía, no lo eche todo a rodar.

ANG. Tié usté razón.

ANDR. Señá María. Entre usté ahí con la Angelita, que le tié que decir una cosa que pué que la tranquilice.

MARIA ¿El qué?

ANDR. (A Angelita.) Pónla en antecedentes.

ANG. ¿Pero le digo la verdá?

ANDR. Entera y verdadera. ¡Anda! (Mutis Angelita y María por la izquierda.)

ANDR. (A Lorenzo.) Y ahora yo, a quitarle el puesto a Borrás.

ANTON. (Entrando.) Buenos días, padrino.

ANDR. (Muy afectado el tono.) ¡Tú aquí! ¿A qué vienes, Antonio? ¿A deshacer mi boda, verdad? ¡Pues no has de conseguirlo, porque yo primero te...!

LOREN. (Conteniéndole.) Calma.

ANTON. (Con tranquilidad aparente.) Vengo a lo que usted no se espera.

ANDR. (Que, sorprendido, deja de hablar con afectación.) ¿Cómo dices?

ANTON. Quietos un momento. (Yendo a la lateral y llamando.) Míster Collinson.

ANDR. (Aparte a Lorenzo.) ¿Nos irá a retratar? (Entra MISTER COLLINSON con MILAGROS vestida de novia.)

LOREN. y ANDR. ¡Milagros! (Sorprendidos.)

MILA. ¡Antonio! Díme por qué has mandao a Míster Collinson que me traiga aquí, casi a la fuerza.

ANTON. Porque quiero tener una explicación con ese hombre delante de tí.

LOREN. Cuidao, Antonio. No olvides que «ese hombre» es tu padrino.

ANTON. Si viera usté cuantas veces he tenido que recordar eso para no...

ANDR. ¿Qué quiés decir?

ANTON. Que a lo mejor oye uno lo que no quiere y le cuentan lo que ignoraba, y... En dos

palabras, señor Andrés: Ha llegado a mis oídos lo de sus bodas deshechas.

ANDR. ¿Ya te han dicho...?

ANTON. Sí. (Con ironía.) Es una manera muy ingeniosa de burlarse de las mujeres... Ahora que usted se figura que con ilusionarlas con la boda, llevarlas a la Iglesia, buscar allí un pretexto para verse libre del compromiso, y reírse después de la gracia con cuatro amigotes, se acaba todo. Pero no; entonces es cuando empieza: Empieza para una pobre mujer una vida de sonrojo, de sentirse acosada por el decir de la gente, y de ver perdida toda esperanza de ser la mujer de un hombre honrado.

MILA. ¡Antonio! ¿Qué es lo que quieres decir con eso? (Sintiéndose herida por la sospecha.)

ANTON. ¡Lo que ya estás adivinando tú!

ANDR. ¡Eso es ofenderla!

ANTON. (Con energía.) Eso es que no puedo consentir que esta mujer sea una de tantas desgraciadas de las que usted ha hecho, y que la traigo aquí, para que se case usted con ella.

ANDR. (Asombrado.) ¿Cómo? ¿Yo?

ANTON. ¡Porque yo le aseguro a usted que esta boda no se le deshace...!

TODOS ¿Qué dices?

ANTON. De esta mujer, que ha sido la primera ilusión de mi vida, no se burla usted.

ANDR. ¿Me amenazas?

ANTON. ¡Nunca! Pero escúcheme con calma, señor Andrés: Son las once; si a las doce no sale usted de aquí casado con la Milagros...

ANDR. (Asustadísimo.) ¿Qué te propones?

ANTON. Como le debo la vida, porque usted me ha amparao, y nada puedo hacer en contra suya, con quitármela yo, estamos en paz.

MILA. ¡Antonio!

ANDR. ¡Eso nunca!

ANTON. ¡Lo juro! (Mutis izquierda.)

ANDR. ¡Oyeme la verdad!

COLLIN. ¡Oh! ¡Calma! Mí va tras él. Hay que salvar los intereses de la Filiford. (Mutis por donde Antonio.)

ANDR. (Aterrado.) ¿Pero tú ves, Lorenzo?

MARIA (Saliendo con Angelita y muy apuradas las dos.) ¡Ay,

señor Andrés, que ese chico me da miedo.

ANDR. ¿Habéis oido?

ANG. ¡Todo! ¡Con esto si que no contaba usté!

MILA. ¡Ay, madre! (Yendo a ella llorosa.)

MARIA No llores, Milagros. (A Andrés, indignadísima.) Usté tié la culpa de tóo por no habernos dicho la verdá a tiempo. Porque, pa que lo sepas, hija, esto de la boda contigo era una farsa. Y usté nos dirá ahora lo que hacemos.

ANDR. (Desconcertado.) ¡Yo que sé; si estoy loco con lo que ha dicho ese chico!

ANG. No se ponga usté así, que a lo mejor es sólo una amenaza.

ANDR. Le conozco y sé que cumple lo que dice. De manera que ya lo sabe usté, señá María; aquí no queda más recurso que casarnos de verdad la Milagros y yo.

MILA. ¡Eso nunca!

ANDR. ¿Pero no has oído que ha dicho Antonio que si no, se mata?

ANG. ¿Y ésta? (Por Milagros.) ¿Es que ha olvidao usté ya lo de las tres cajas de cerillas?

ANDR. ¡Aquí se trata de salvar la vida de Antonio!

MARIA ¡La de mi hija es lo primero!

ANDR. ¿Cómo? ¿Es que va usté a comparar una cosa con otra? Si antes de las doce no salgo yo de aquí casao con su hija ¡la degüello a usté!

MARIA ¿A mí? (Cogiendo una botella y esgrimiéndola amenazadora.) ¡Pruebe a ver, tío feo!

LOREN. (Interponiéndose.) Un poco de calma.

ANDR. (Encarándose con Lorenzo.) ¡Y tú, cállate, que tienes la culpa de tóo!

LOREN. ¿Yo?

ANDR. Por aconsejarme. Y me están dando ganas de... (Coge otra botella amenazador.)

LOREN. ¿Amenazarme a mí, so boceras? (Coge otra botella.)

ANG. (Cogiendo otra botella y amenazando a Lorenzo, en defensa del señor Andrés.) ¡Como toque usté a este hombre, le *escalabro!*

MILA. (Asustada.) ¡Cuidao, que vienen!

ANDR. Luego seguiremos. (Esconden todos las botellas a la espalda, porque ven entrar a DON SEVERO por la derecha.)

SEV. (Saliendo.) Hola. ¿Ya estais aquí?

ANG. La mano, padre. (Se la besa.)

SEV. Así, así me gustan las bodas; con puntualidad. Y sobre todo, pocos, pero bien avenidos.

ANG. ¡Anda! Lo que es nosotros...

SEV. Sí; ya me supongo que vuestra boda será más tranquila que la otra.

ANDR. Diga, padre: ¿En la otra ha habido botellazos?

SEV. Casi, casi...

ANG. Ah, pues en esta... Bueno, ya verá usté.

SEV. Ya sé que vosotros no sois tan ligeros de cascos.

ANDR. ¿De cascos? (Pasándole la botella por detrás a Angelita.)

ANG. ¿Nos habrá visto? Tome usté. (Dándole su botella y la de Andrés a la señora María.)

SEV. Esperad un poquito que en seguida os caso. (Aparte al mutis.) Me parece que aún voy a llegar al tren del Escorial. (Mutis por el foro.)

MILA. ¿Lo están ustés viendo? Esto es una vergüenza y hay que resolverlo de una vez.

ANDR. Tié razón; hay que pensar algo.

ANG. Calle usté, que ahí llega el míster con otro yanqui... (Al verlos entrar por la derecha.) ¡Anda, si es Luisito!

ANDR. (A Collinson, con ansiedad.) ¿Qué hay, míster? ¿Qué dice Antonio?

COLLIN. ¡Oh! Todo perdido. Le conosco *moy* bien. No se volverá atrás, a no ser que boda de *osted* no se pueda realisar por un caso de fuersa mayor.

ANDR. Ah, pues hay que buscar un caso de esos inmediatamente...

COLLIN. Por ejemplo: morirse la madre... Morirse *osted*. (Por Andrés.)

ANDR. Oiga: busque un caso de menos fuerza.

LUIS. (Asustado.) Pero ¿qué pasa?

ANG. Una cosa terrible; ya te contaré.

COLLIN. ¡Atensión! (Saca un cuadernito de bolsillo.) En este memorándum hay solusiones estudiadas para todos los conflictos, que luego aplico a finales de película. Para impedir una boda hay muchas.

ANDR. Vamos a ver si nos sirve alguna.

COLLIN. Primera: inundasión de la iglesia.

AÑG. Caray. Mire usté a ver si hay otra solución más seca.

COLLIN. Raptar al pastor... Al cura... Lanzar gases lacrimógenos... Pero... ¡Ah! ¡No hase falta más! He tenido una grande maravillosa idea.

TODOS ¿Qué?

COLLIN. ¡No! No me pregunten. Vuelvo. No puede perderse el bonito galán. ¡Son los intereses de la Filiford! *¡Gut moni!* (Mutis por la derecha a la calle.)

ANDR. Pero...

LOREN. Déjale, a ver si ese míster te arregla el asunto.

ANG. La que lo va a arreglar soy yo. Anda, Luisito, ven a ayudarme. (Imitando al Míster.) ¡No! ¡No me pregunten! ¡Vuelvo! *¡Old raid...! ¡Verigüell!*

LUIS. Pero, bueno, ¿pué saberse lo que pasa?

ANG. ¡Una cosa terrible! ¡Espantosa! ¡Ya te contaré. (Mutis con Luisito.)

ANDR. ¿Pero, qué es lo que van a hacer?

MARIA Usté es el que tiene que inventar algo, pa arreglar esto.

LOREN. ¡Y que el tiempo apremia!

ANDR. Es verdá... ¡Dios mío, que se me ocurra alguna cosa, porque si no, ese chico se mata!

MARIA ¡Eso es lo que menos me importa!

MILA. ¡Pues a mí sí que me importa, madre! ¡Y sepa usté que si se mata Antonio, me mato yo también!

MARIA ¡Hija! (A Andrés.) Ya lo está usté oyendo. Resuelva usté esto en seguida, porque si mi hija llega a matarse porque Antonio se mata, yo le mato a usté, aunque me tenga que matar yo luego! (Mutis con Milagros por la derecha.)

ANDR. (Apuradísimo.) ¿Qué hago, Lorenzo, qué hago? Porque ya lo ves; un momento más de duda, y esto es la *secularización de los cementerios.*

LOREN. Pero, hombre. ¿Y te apuras tú, que siempre has encontrao salida pa estos casos? A ver... recuerda lo que se te ha ocurrido

otras veces, pa que el cura se negara a casarte.

ANDR. Es que así, de repente, no hay tiempo pa ná.

MAN. (*Entra de la calle con dos niños de pecho, en los brazos.*) ¿Se me *nesecita*?

ANDR. ¡Manuela!

LOREN. ¡Y con los chicos!

ANDR. Ven aquí, que paece que te ha enviao la Providencia. (*Sacando nerviosamente de la cartera unos billetes y dándoselos.*) Toma: tiés que deshacerme la boda... ¡Ahora mismo!

MAN. ¡Anda! ¡Eso ya me lo sabía yo de memoria!

ANDR. No tengo náa que decirte. Hazlo tóo como las otras veces. Los hijos abandonaos, la novia, el cura, el ataque de nervios... En tí confío. Vamos, Lorenzo.

MAN. Pero oiga... ¡Caray! ¡Qué prisa le ha entrao! Dígame por lo menos quién es la novia.

ANDR. Ya lo sabes, mujer... La... esa, la chica de la María, la del Retiro... ¡Vamos! (*A Lorenzo.*) Y eso que tú debías estar al cuidao por si vuelve Antonio. (*Mutis derecha.*)

LOREN. Atisbaré desde el bar. (*Mutis izquierda.*)

MAN. ¿La chica de la María? No la conozco, pero da igual. Amos a ver qué tal me resulta esto. Desde que me casé con mi Celedonio no he actuao, porque como me ha salido celoso, a lo mejor le cae mal, y es muy bestia.

ANTONIE. (*Dentro.*) ¡Si no viene la Presidenta, de la Congregación, no me caso, no me caso y no me caso.

MAN. (*Aparte.*) Aquí sale la novia. Y tampoco quié casarse. ¡Pues se va a llevar un alegrón!

ANTONIE. (*Sale por la derecha, y dice dirigiéndose al interior.*) ¡No me caso, no me caso y no me caso!

MAN. Oiga, y perdone la pregunta: ¿Usté es hija de María?

ANTONIE. ¡Ay, sí señora! ¿Viene usted a traerme algún recado?

MAN. (*Mira a todos los lados, y después cae llorando a los pies de Antonieta.*) ¡Ay, joven! ¡¡No me lo robe usté, por lo que más quiera!!

ANTONIE. (*Asombrada.*) ¿Qué dice usted?

MAN. Que es el sostén de mi casa. ¡Y piense usté lo que sería de mí, con dos niños de pecho, si me quitasen el sostén!

ANTONIE. (Alarmada.) ¿Eh...? ¿Pero quién? ¿Acaso...?

MAN. ¡Su novio, sí!

ANTONIE. ¡No puede ser! ¿Está usted segura de que es Perfecto?

MAN. La que no está segura es usté, porque es un canalla y un bribón.

ANTONIE. ¡Dios mío! ¿Pero qué le ha hecho a usted mi novio?

MAN. ¿Qué me ha hecho? (Después de dudar un momento.) Bueno, no se lo digo a usté, porque estamos en la Iglesia.

ANTONIE. ¡Ya adivino! ¿Entonces esos niños...?

MAN. ¡Son suyos!

ANTONIE. ¡Ah, infiel...! ¡Y él que me juraba que no salía de la camisería de su tío!

MAN. ¡Pues yo le juro a usté que estos gemelos no son de esa camisería!

ANTONIE. ¡Por esta infamia sí que no paso! ¿Usted será capaz de repetirle todo esto al señor cura?

MAN. ¡Anda! ¡Y al lucero del alba! ¿Pa qué ha venido aquí una?

ANTONIE. Pues vaya usted en seguida. ¡Ay, ay, qué desgraciada soy! (Se sienta llorando con desconsuelo.)

MAN. (Aparte al mutis por la derecha.) ¡Me ha salido de primera! Está visto que no pierdo el entrenamiento. (Váse.)

CELE. (Un sujeto muy mal encarado. Sale por la izquerda atisbando por donde se fué Manuela.) ¿Mi *cónyuga* en una sacristía, sabiendo que pa mí no hay más santo que Samblancat? Me escama. ¡Celedonio, a averiguar a qué ha venido aquí la Manuela con los gemelos! (Mutis derecha.)

PERFECTO (Saliendo.) ¿Dónde se habrá metido Antonieta? ¡Ah! Está ahí. Y que la cojo a solas... (Acercándose mimoso.) ¿Qué me va a dar ahora que estamos solos mi novia rica, bonita?

ANTONIE. (Se levanta como una flecha, e indignadísima le da una gran bofetada.) ¡Toma! ¡Infame!

PERF. ¡Ay!

ANTONIE. ¡Y ahora sí que no me caso, no me caso y no me caso!

PERF. Pero ¿por qué? (Sujetándole el carrillo.)

BROCHERO (Saliendo por la izquierda.) ¿Qué oigo? ¿Que no se casa, después de que me he gastao dos duros en taxi pa traer a la Presidenta de las Hijas de María?

ANTONIE. ¡No, señor! ¡No me caso!

BROCHERO Y que por cierto estaba sudando la grippe y la he hecho levantarse... (Fuera de sí.) Señorita, que esto paece ya pitorreo, y ¡eso no!

FROI. (Por la derecha.) Pero, hijita, ¿qué es lo que ocurre ahora?

ANTONIE. Que estaba ciega, pero ya he visto claro.

FROI. ¿Qué has visto?

ANTONIE. ¡A ella...! ¡Y la he visto aquí con los gemelos! ¿Lo oyen ustedes? ¡La he visto con los gemelos! (Mutis airada por la derecha.)

FROI. (Hecho un lío.) Bueno, ¿pero ustedes se explican qué es lo que ha podido ver, y por qué se ha puesto a mirar en la sacristía con unos prismáticos?

PELEG. (Por la derecha.) Señores: un momento. (A Perfecto.) Vengo de parte de don Severo, para advertirle a usté que no está dispuesto a casarle, mientras no ponga usté en claro lo de los gemelos.

PERF. ¿Pero, qué gemelos?

PELEG. Los que ha traído esa señora pa decirle a don Severo que son de usté.

PERF. ¿Míos?

PELEG. ¡Claro que sí! Y lo peor es que se ha presentao el marido de esa mujer, y, al enterarse de que ella misma ha dicho que los gemelos se los había hecho usté, se ha puesto como una furia y dice que tiene que saldar esa cuenta.

FROI. ¡Acabáramos! Por lo visto se trata de alguna factura atrasada de la camisería.

BROH. ¡Otro acreedor!

FROI. Nada, hombre. (A Pelegrín.) Dígale usted a don Severo que no se alarme, que esa cuenta queda hoy mismo saldada. Además, le advierte usted que no es asunto de éste. Eso de los gemelos es cosa mía.

PELEG. (*Asombradísimo.*) Se lo diré. (*Mutis por la derecha haciendo gestos de extrañeza.*)

FROI. Anda, Perfecto; vé a convencer a ese hombre de que se le pagará mañana. Toma. (*Le da dinero.*) Dale estos dos duros a cuenta, y mientras Brochero y yo vamos a tranquilizar a Antonieta.

PERF. No tarden. (*Mutis derecha.*)

BROH. Vamos; pero conste que como se salga ahora esa niña con otro entorpecimiento, le doy un tantarantán, que tién que casarla en artículo mortis.

FROI. ¡No! ¡Más tragedias, no! (*Mutis los dos por la derecha.*)

ANDR. (*Que sale demudado seguído de* MARIA *y* MILAGROS.) Vengan ustés por aquí, que estoy aterrao. ¿Han visto ustedes? ¡La Manuela, que se ha equivocao y ha deshecho la otra boda!

MARIA ¡Tóo se le han de volver a usté catástrofes!

MILA. Y no olviden que van a dar las doce y que Antonio estará ya...

ANDR. Tienes razón. Yo voy a hablar con el párroco, le cuento la verdá y pué que nos salve.

MILA. Vaya a ver si Dios ilumina a don Severo.

MARIA Sí; porque usté está empecatao.

TOMASA (*Entra por el foro. Viene tan agitada que le tiembla en las manos el cepillo, haciendo sonar las monedas.*) Ay se... se... Ay se se... señores. ¡Es horrible! ¡Horrible!

MILA. ¿Eh?

MARIA ¿Qué ha ocurrido?

ANDR. Debe ser algo muy gordo, porque le tiembla hasta la calderilla.

TOMA. ¡Que han raptado a don Severo!

MILA. ¿Cómo?
MARIA ¿A don Severo? } (*Casi simultáneo.*)

ANDR. ¡Ya decía yo que era algo muy gordo!

MARIA ¡Náa, que en cuanto piensa usté en una persona, le trae desgracia!

MILA. ¿Pero quién ha sido?

TOMA. ¡No sé...! Creo que en un automóvil...

COLLIN. (*Saliendo por el foro.*) ¡He sido yo!

TODOS ¡Míster!

MARIA Pero el pobre don Severo se habrá resistido...

COLLIN. ¡Oh, sí! Al principio, *mocho* enfadado; pero cuando mí ha dicho al chófer que fuese hasia El Escorial, se ha puesto *moy* contento.

TOMA. ¡Claro! Como que le esperaban allí unos capones.

ANDR. Pero, bueno; entonces, si lo ha raptao usté, ya tenemos el caso de fuerza mayor.

COLLIN. ¡Oh, todavía no! En Norteamérica esto sería sufisiente, pero aquí no basta, porque mí se ha enterado de que en esta Iglesia hay un otro señor cura, y mí va por él. (Mutis izquierda.)

TOMA. ¡Pero, oiga usté, Míster! ¿Qué va usté a hacer? (Se va tras él.)

LOREN. (Por la izquierda.) ¡Andrés! ¡Que está ahí! ¡Que ya llega!

ANDR. (Muy asustado.) ¿Antonio?

LOREN. ¡Y ese chico viene a hacer un disparate, porque ya son las doce!

ANDR. ¡Las doce!

MILA. ¿Qué hacemos?

ANDR. Vengan ustés a la Iglesia, que se me ha ocurrido una cosa que es lo único que nos pué salvar de momento.

MARIA A ver si es otra atrocidá.

MILA. ¡Vamos a hacer lo que sea, madre!

MARIA ¡Dios nos coja confesaos! (Mutis los cuatro por el foro. Por la izquierda, entran ANGELITA y LUISITO; traen cogido, cada uno de un brazo, a ANTONIO.)

ANTON. ¡Dejadme ya!

ANG. Tú vienes aquí con nosotros, porque yo quiero; y tú haces las paces con mi prima, porque a mí me da la gana; y esta boda del señor Andrés, no se realiza por un caso de fuerza mayor.

ANTON. Pero ¿queréis soltarme de una vez, que no puedo con los dos?

ANG. Por eso te digo que es un caso de fuerza mayor.

ANTON. Bueno, pero, vamos a cuentas, ¿es verdad eso que me habéis dicho?

ANG. ¡Claro que sí! Que te explique éste.

LUIS. Le explicaré lo que pueda, porque aún no estoy yo muy enterao. Sé que es horrible, espantoso... y lo demás... bueno, explícaselo tú, que yo ya he dicho todo lo que sé.

ANG. Pues que tu padrino lo ha hecho tóo por guardarte a la Milagros, y ahora no vas tú a obligarle a que se case con ella.

LUIS. Y en último caso, si tiene usté mucho interés en que se case con otro, dígala que se case conmigo,

ANG. Y si es verdad que la quieres, corre, busca al cura, no dejes que se haga esa boda, revuelve el mundo si es preciso... ¡Y, sobre tóo, no me dejes a mí sin el señor Andrés, que es el primer novio que me sale!

ANTON. ¿Pero vosotros creéis que llegaremos a tiempo? (Dentro se oyen voces, hacia el foro.)

VOCES (Dentro.) ¡Vivan los novios!

ANTON. ¿Eh? ¿Qué es eso?

ANG. ¡Una boda! (Empiezan a salir por la puerta del foro monaguillos, invitados, dando todos vivas con gran algazara; detrás la señora MARIA del brazo de LORENZO y, finalmente, MILAGROS del brazo del señor ANDRES. Suenan dentro campanas y órgano.)

VOCES ¡Vivan los padrinos! ¡Vivan los novios!

LUIS. ¡El señor Andrés!

ANTON. ¡Angelita, hemos llegado tarde!

ANG. (Con desesperación.) ¡Ay, que se me ha casao! (Se desmaya en los brazos de Antonio.)

LUIS. ¡Y a mí! (Llora cómicamente.)

COLLIN. (Sale, los ve y se asombra.) ¿Casados? Esto no puede ser. Mí ha raptado a los dos curas.

LOREN. Es que los ha casao el señor cura ecónomo.

COLLIN. (Aparte.) ¡Oh, han buscado un sacerdote más barato! Aprovecharé para impresionar una boda típica. (Vase por la izquierda.)

ANDR. Ya lo ves, Antonio. Cumpliendo tus deseos, la Milagros es mi mujer.

VOCES ¡Vivan los novios!

ANTON. ¡Milagros! (Con amargura.) Ojalá seas tan feliz como yo te deseo... (Vase izquierda.)

MILA. ¡Se va...!

ANDR. ¡Calma! Ahora... avisad a los invitaos y ¡a comer todos en el Hotel Nacional! (Gritos dentro.)

MARIA ¿Eh? ¿Quién grita?

FROI. (Sale por la derecha, seguido de TOMASA que trata de calmar su indignación.) ¡Esto es una infamia!

TOMA. ¡Por Dios!

FROI. ¡Es obra de un mal nacido!

TODOS ¿Eh?

ANDR. (Aparte.) ¡Arrea! ¡Los de la otra boda!

COLLIN. (Entrando, seguido de JHON, que trae la máquina.) ¡Rueda! ¡Mil metros!

FROI. ¡La boda deshecha! Y por si fuera poco, el bestia del marido ha golpeado brutalmente al pobre Perfecto. Ahí le traen. (Sale a escena PELEGRIN sosteniendo a PERFECTO que viene hecho una lástima.)

PERF. ¡Me han deshecho el porvenir! ¡Me han roto la boda!

ANDR. (Aparte.) ¡Y le han roto el bautismo!

MANUELA (Sale por el foro y se dirige al señor Andrés.) Señor Andrés. ¿Pero usté casao?

ANDR. Puedes devolverme los cuarenta duros, porque no has deshecho náa.

MAN. ¿Que no? Ahora verá usté... (Gritando.) Señores: Sepan toos ustedes que he metío la pata.

CELE. (Que ha salido por la derecha, y observa.) ¿Otra vez la Manuela?

MAN. Estas dos criaturas son hijos de este hombre. (Por el señor Andrés.)

CELE. ¿También de ese? (Indignadísimo.) ¡Ahora verás! (Se lanza sobre el señor Andrés, y le golpea. Revuelo. Los separan.)

ANDR. ¡Ay! ¡Socorro!

LOREN. ¡Quietos!
TOMA. ¡Calma!
MARIA ¡Por favor!
PERF. ¡Sujetarle!
(Simultáneo.)

COLLIN. ¡Pintoresco! (Saca un revólver y apunta a todos, que quedan estáticos.) ¡Quietos todos! ¡No deshacer el grupo! (A Jhon.) Ruede mil metros más.

ANDR. ¡Que me ha dao dos bofetadas!

COLLIN. ¡Oh, ya las verá osté en el cine!

ANG. ¿Pero es que en la cinta van a salir también las bofetadas?

ANDR. ¡Toma! ¡Como que han sido sonoras!

TELON



ACTO TERCERO

Un modesto comedor, risueño y simpático, de un primer piso, de la casa de la señora María, en la Avenida de Menéndez Pelayo. Dos puertas en cada lateral y un balcón en el fondo por el que se ve la perspectiva del Retiro. Muebles adecuados. Son las tres de la tarde del mismo día. Mucha luz.

PETRA — Pero chica, me has dejao *frapé*. ¿De móo que el señor Andrés se ha atrevido a fingir una boda en plena Iglesia?

ANG. — Con monaguillos y tóo. Así está ahora mi prima, que pa nosotras es soltera, pa la gente es casada y cuando se entere Antonio de la broma, la deja viuda.

PETRA — ¿Y qué es del señor Andrés?

ANG. — Buscando a su ahijao, que nadie sabe ande s'ha metío.

PETRA — Bueno, pues no sabéis cuanto siento estas cosas, pero os dejo, porque, sobre que no estáis ahora pa elegir mantones, a mí se me hace tardísimo. ¿Que hora es ya? (**Suena dentro el Himno de Riego y al final tres tiros no muy fuertes.**)

ANG. — Ahora dan... Las tres.

PETRA — ¡Anda! El *reló* de los liberales. ¡Sí que es un regalito!

ANG. — Por el estilo de tóos los que nos ha hecho ese hombre, porque... fíjese en ese sillón.

PETRA — ¿Qué le pasa?

ANG. — Pues que se sienta usté en él, y empieza a sonar la Radio.

PETRA — ¿Será posible?

ANG. Pruebe y verá. (Petra se sienta y empieza a oirse un trozo de música.)

PETRA (Levantándose un poco asustada.) ¡Caray! (Suena dentro un timbre.)

ANG. Me paece que están llamando. (Mutis segunda derecha.)

MARIA (Entrando por primera izquierda.) ¿Ha ido a abrir la Angelita?

PETRA Sí.

MARIA A ver si es el señor Andrés. ¿Que te paece lo que ha hecho con nosotras?

PETRA Una iniquidá.

ANG. (Volviendo con lo que se indica.) Ahí va, tía; otro regalo de boda. El noveno juego de café.

MARIA ¿Cómo el noveno? Pues ahí dentro no hay más que siete, y éste ocho...

ANG. ¿Y el de los dueños de la juguetería de Antón Martín?

MARIA Pero si han mandao un dominó...

ANG. ¿Y no es eso un juego de café?

MARIA No sé como tiés humor de bromas. ¿De modo que otro regalo? Es decir: ¡Otra familia que se ha enterao de la boda!

ANG. Es de parte de los cuñaos del señor Silverio, el de la *c'Alcalá.*

MARIA ¿Y tú qué les has dicho?

ANG. Lo que a tóos; que se vayan al Hotel Nacional, ande se está celebrando la comida de boda, y que no les choque que no asistan los recién casaos, porque la novia está indispuesta. Y, a propósito; voy a enseñarle a la Milagros el regalito. (Mutis primera izquierda.)

MARIA ¡Pobre hija mía!

PETRA ¿Qué hace ahora?

MARIA ¿Qué quiés que haga? Como alelá la hemos traído de la Iglesia, y náa más llegar aquí, y recapacitar en su situación, le ha dao un ataque de nervios, que, entre la señá Valeriana que ha subío de la portería, la Angelita y yo, no podíamos sujetarla. Y luego, al quitarse el traje de novia, si la hubiás visto llorar como una magdalena... (Llorando)

PETRA A ver si nos va a resultar ahora de esas supersticiosas que creen que, en cuanto una

se pone el traje de novia y no se casa, se queda ya pa vestir santos.

ANG. (*Entra en escena agitada.*) ¡Ay tía! ¡La Milagros..!

MARIA ¿Eh? ¿Qué pasa?

ANG. ¡Otra vez con el ataque!

MARIA ¡Hija mía! ¿Pero como el primero?

ANG. ¡Yo creo que es peor el segundo! Prepararlo tóo a ver si vuelve. (*Timbre dentro. A la señora María.*) Vaya usté a abrir. Y usté, Petra, venga a ayudarme.

PETRA ¡Ya lo creo! (*La señora María, hace mutis por segunda derecha y las otras dos, por primera izquierda. Se oyen dentro unos hipos de llanto de la señora MARIA y entra ésta con el señor ANDRES y LUISITO.*)

MARIA ¡Ay, señor Andrés, qué angustia!

ANDR. Recontra, ¿qué pasa?

MARIA ¡Mi hija! ¡Que no vuelve!

ANDR. (*Alarmado.*) ¿Pero es que se ha ido?

MARIA ¡Que no vuelve del segundo!

ANDR. ¿Y a qué ha ido al piso de arriba?

ANG. (*Por primera izquierda.*) ¡Pronto, tía! ¡Una taza de tila bien caliente!

MARIA ¡Ay, sí! ¡Voy! ¡Ya la tengo preparada! (*Al mutis por primera derecha.*) ¡Ay, que se me muere mi hija!

ANDR. ¿Pero qué es esto? (*Intentando entrar en primera izquierda.*)

ANG. ¡No! (*Deteniéndole.*) ¡No pasen, que la estamos desnudando! (*Mutis.*)

ANDR. (*Cada vez mas asustado.*) ¡Mi madre! Oye, entra tú que has estudiao medicina.

LUIS. Hombre... Yo sí que entraría muy a gusto, porque la están... ¡Amos! Porque la estarán cuidando mal, pero es que aún no tengo el título.

MARIA (*Por donde hizo mutis; trae una taza de tila.*) ¡La tila! (*Dirigiéndose a primera izquierda.*)

ANG. (*Por primera izquierda.*) Ya no hace falta. Traiga el calentador, pero bien caliente. Y si no, déme usté. (*Le coge el servicio de tila.*) Yo iré por él. Entre con la Milagros.

MARIA ¡Hija de mi alma! (*Entra en primera izquierda.*)

ANDR. ¿Pero qué ha ocurrido, Angelita?

ANG. ¡Espantoso, señor Andrés! Sosténgame esto, que voy por el calentador.

ANDR. Sí, hija; trae acá. (Coge el servicio de tila. Angelita hace mutis por primera derecha.)

LUIS. ¡Hay que ver, cómo están de azoradas!

ANDR. ¿Será que ha venido Antonio, que yo no he podido dar con él por ninguna parte?

ANG. (Con el calentador.) ¡Cuidao, que quema!

PETRA (Asomando en primera izquierda.) Tráete una botella pa los pies, que no quiere el calentador. (Mutis.)

ANG. Voy corriendo. Haga usté el favor. (Le cuelga el calentador en el brazo con que sostiene el plato y la taza, y hace mutis por primera derecha.)

LUIS. Señor Andrés, que esto debe ser más grave de lo que creemos... (Acercándose confidencial.)

ANDR. No te acerques a mí, que te abrasas.

LUIS. Por si tengo que intervenir, consultaré estos apuntes. (Saca un cuaderno de bolsillo.)

ANDR. Sí, hombre. Busca a ver.

LUIS. Ataques... En la «A»... A... A... A... (Pasando hojas.)

ANDR. Leé de una vez y no acunes.

LUIS. «Afonía», «Alcoholismo», «Anorexia», «Apendicitis», «Apoplejía», «Asma»... ¡«Ataques»! Véase «Convulsiones». A la «Ce».

ANDR. Vamos a la «Ce».

LUIS. «Calambres», «Cálculos de los riñones», «Callos»...

ANDR. Oye, ¿pero eso es un menú?

LUIS. ¡Aquí está! «Convulsiones». Véase «Mareos». A la «M».

ANDR. Vamos allá.

ANG. (Con una botella de agua caliente. La trae cogida con un trapo para no quemarse.) ¡La botella!

PETRA (En primera izquierda.) No, que tampoco quiere la botella. Tráete un par de mantas. (Mutis.)

ANG. ¡Voy! ¡Ay, qué apuro! Toma, Luisito. Es un instante. (Le da la botella quedando con el trapo. Luisito, naturalmente, se abrasa. Angelita ha hecho mutis segunda izquierda.)

LUIS. ¡¡¡Ay!!!

ANDR. Oye; busca las quemaduras en la *Cu.*

ANG. (Vuelve con las dos mantas pedidas, al mismo tiempo que la señora MARIA sale.)

MARIA Pero ¿qué mantas has cogido? No, mujer, las grises. (Mutis.)

ANG. Ahora las traigo. Hagan el favor. (Se las echa por el hombro, una al señor Andrés y otra a Luisito.)

ANDR. (Desesperado.) ¿ Pero qué pasa, ¡porra!, que ya me estáis cargando demasiao?

ANG. Hombre, no se acalore.

ANDR. ¡Rediez! ¿Que no me acalore y nos habéis convertido en los Altos Hornos de Bilbao?

ANG. ¡Y encima que tié la culpa se enfada! ¡Amos, es que los hay como mantas!

LUIS. ¿Como mantas?

ANDR. Callarse, que ahí sacan a la enferma. (Por primera izquierda sale MILAGROS, envuelta en un chal, y apoyada en su madre y en PETRA.)

PETRA Por aquí.

MARIA Por Dios, tranquilízate ya, hija mía.

MILA. ¡No puedo, madre! (Indignada, al ver al señor Andrés.) ¿Cómo? ¿Pero está ahí ese hombre? ¡Que se vaya ahora mismo!

ANDR. ¡Milagros!

MILA. ¡Usté tiene la culpa de todo, y cada vez que lo pienso...!

MARIA Cálmate, hija, no te vuelva el ataque.

ANG. Y que no tenemos nada preparao.

LUIS. ¡Ah! ¡Pues vayan ustés corriendo por la valeriana!

ANG. ¿La Valeriana? ¿Y qué falta hace que suba la portera?

MARIA Siéntate aquí, hija.

LUIS. (Después de consultar nuevamente sus apuntes.) Y ahora hay que tener mucho cuidao, porque puede presentarse la ***asistolia***, o puede venir la ***eclamsia***.

ANDR. ¡Ah, pues si vienen, no dejarlas pasar, que no estamos pa recibir a nadie. (Timbre dentro. Angelita va a abrir la puerta.)

LUIS. ¡Han llamao!

ANDR. ¡Calla á ver! ¿Será Antonio?

ANG. (Volviendo.) Es Perfecto, ese pobre muchacho al que le ha estropeao usté la boda.

LUIS. ¿Qué buscará aquí?

ANG. Viene con el señor Lorenzo.

ANDR. Eso es que há ocurrido algo en el Nacional, porque Lorenzo era el encargao de organizar el banquéte.

ANG. Voy a abrirles y ahora nos contarán. (Váse Angelita.)

MILA. Yo no estoy de humor pa que me cuenten nada. (Mutis primera izquierda.)

MARIA Tiés razón, hija. Vamos adentro. (Mutis primera izquierda.)

PETRA Yo os dejo. Que no sea eso nada. Mañana me contaréis. (A Andrés.) En buen lío las has metido. (Mutis derecha. Entran el señor LORENZO y PERFECTO, seguidos de ANGELITA.)

LOREN. Pase usté, que ya no le queda otro remedio que confesarlo tóo.

ANDR. ¿Qué pasa, Lorenzo?

LOREN. Pues que tiés que ir ahora mismo al Nacional, si no quiés que el banquete acabe a tiros.

ANDR. ¿Pero es algo grave?

LOREN. De pronóstico.

PERFEC. Yo les explicaré. Ustedes ya saben el asunto de mi casamiento con Antonieta, y cómo estaban de furiosos los acreedores, que ninguno nos hemos atrevido a decirles que se ha deshecho la boda. Por eso, mi tío Froilán lo ha resuelto diciéndoles que se había celebrado ya la ceremonia, y que se fueran todos a comer al Hotel Nacional.

ANG. ¡Ay, que ya empiezo a adivinar!

ANDR. ¿Pero ha tenido la frescura de mandarlos allí?

LOREN. Sí, señor: a tu banquete. Setenta y cinco cubiertos más, a diez pesetas.

LUIS. ¡La ruina!

ANDR. (Indignadísimo.) ¡Pero esto no puede ser!

PERF. Tenga presente que por usted se deshizo mi boda... Y lo menos que puedo exigirle es que se preste a que, mientras los acreedores comen y bailan, mi tío y yo podamos escapar de Madrid.

ANDR. Bueno, pero en el banquete se habrá descubierto todo...

LOREN. Eso no, porque, como no asisten los novios, la mitá de los comensales se creen que están celebrando tu boda.

PERF. Claro. Y la otra mitad creen que celebran la mía.

ANG. ¡Miá tú si supieran que no celebran náa!

LOREN. Y esto no es lo más grave.

ANDR. (Aterrado.) Pero ¿aún hay algo más?

LOREN. Pues que los acreedores del señor han hecho correr la voz de que el novio—refiriéndose al señor—es un tramposo; y como ha llegao a oídos del *Metre d'Hotel*, se han creído que el tramposo eres tú, y dice que si no vas a pagarle ahora mismo, no siguen sirviendo el banquete.

ANDR. ¡Recontra!

PERFEC. Por lo pronto, lo han interrumpido en la mayonesa. Y figúrense cómo estarán los invitaos que llevan más de un cuarto de hora esperando el otro plato. (Timbre dentro. Angelita va a abrir.)

LOREN. El otro plato, que es... Deja que mire el menú. (Saca la tarjeta.) Granadinas de ternera con *champignón*.

FROI. (Entra furioso. Tras él, vuelve ANGELITA.) Pero, hombre de Dios, ¿qué hace usted que no va a evitar el escándalo? ¡Los invitados están pidiendo a grandes voces que les sirvan el otro plato!

ANDR. ¡Mi madre!

FROI. ¡Imagínese el cuadro! Todos gritando a una: «¡las granadinas!, ¡las granadinas!»

ANDR. ¿Y qué?

FROI. ¡Que el sexteto las ha tocado ya cinco veces, pero no se calman!

ANG. ¡Como que las quieren con *champignón!*

ANDR. (Incomodado.) ¡Sí, con *champignón*, y que yo pague!

FROI. Naturalmente. Y que yo no me muevo de aquí, mientras no vaya usté a solucionar el asunto.

ANDR. (Molesto.) Oiga usté, es que yo...

FROI. ¡Lo dicho! ¡Yo no me muevo de aquí, porque estoy harto ya de músicas! (Se sienta en el sillón de marras, y empieza a sonar estrepitosamente en la radio, cantado y tocado, un foxtrot.) ¿Eh? ¿Qué burla es ésta? ¡Que se calle esa radio! (Sin levantarse del sillón.)

ANDR. Levántese usté.

FROI. ¡He dicho que no me muevo de aquí!

ANG. Entonces tié usté música pa rato. Que llaman. (Va a abrir, pues habrá oído el timbre. Salen MARIA y MILAGROS. Froilán se levanta.)

MARIA ¿Eh? ¿Pero qué pasa?

ANDR. (Rabioso.) Náa, que tóo se me vuelven hoy disgustos y jaleos.

MARIA No se enfade usté.

ANDR. A ver si no tengo motivos, ¡joroba!, que pa una vez que paece que se ha casao uno, hay que ver la luna de miel que me estáis dando entre todos. En fin, amos a resolver eso.

FROI. Vamos. (Inician el mutis, a tiempo que entra MISTER COLLINSON.)

COLLIN. *Osté* no puede salir de aquí.

TODOS Míster.

COLLIN. Tienen que oírme *ostedes* todos juntos un encargo interesante.

MILA. ¿De Antonio?

COLLIN. *¡Yes!*

ANDR. (A Froilán y Perfecto.) Ya lo están ustedes viendo; no puedo ir, pero no se preocupen. Lorenzo: vete con los señores al Nacional, y arregla eso de la comida. Toma. (Le da unos billetes.)

LOREN. Como mandes. Cuando ustés quieran.

FROI. Anda, Perfecto.

PERF. Buenas tardes. (Mutis los tres por la derecha.)

ANDR. Ya puede usté hablar, Míster Collinson.

COLLIN. *Zenquiu.* Pues bien. Antonio está ya enteradó de que la boda de *osté* ha sido un *engaña los bobos,* que al prinsipio todos nos hemos creído.

ANDR. ¿Entonces, si ya lo sabe todo...?

COLLIN. Antonio ha rectificado y está dispuesto a casarse con esta señorita Milagros.

MILA. (Con alegría mal contenida.) ¿De verdad?

COLLIN. Pero Antonio pone una sola única condisión.

ANDR. ¿Cual?

COLLIN. Que, aunque reconose que es muy doloroso por ser *osté* su padrino, para evitar toda murmurasión, una vez casado, le prohibe a *osté* entrar nunca jamás en su casa de ellos.

ANDR. (Con gran dolor.) ¿Me prohibe que entre en su casa? ¡A mí!

ANG. Pero oiga... ¿Después de lo que ha hecho este hombre por él, le va a cerrar la puerta?

COLLIN. Herméticamente.

LUIS. ¡Pues le dice usté de mi parte, que es un guarro!

COLLIN. ¡Respete a un artista de más categoría que *osté* en la Filiford!

LUIS. ¿Más categoría? ¡Pues me chincho también en la Filiford!

COLLIN. *¡Loisito!*

LUIS. (Quitándose la chaqueta, las gafas y la corbata y entregándoselas.) ¡Ahí va...! ¡La americana...! ¡Las gafas...! ¡Tome usté...! Y no me quito los pantalones, porque hay señoras.

COLLIN. Esto es otro asunto distinto, que ventilaremos *osté* y yo ahora en la calle.

LUIS. (Aterrado.) ¡Mi abuela!

COLLIN. Lo demás del recado, *ostedes* resolverán, pero he de advertir que la decisión de Antonio es terminante. ***Old raid.*** (A Luisito, imperativo.) Salga *osté.* ¡Delante de mí!

LUIS. Sí, señor; con mucho gusto. (Hojeando el cuaderno.) Cardenales en la C, fracturas en la F, y erosiones... Bueno, erosiones en todo el cuerpo. (Mutis los dos por la derecha.)

ANDR. Pero ¿ustés creen que yo puedo aceptar esa injusticia?

MILA. ¿Cómo? ¿Y lo duda siquiera? ¡Entonces es que usté se ha propuesto que yo no tenga felicidad!

ANDR. (Dolido.) ¿Qué dices, Milagros?

MILA. ¿Todavía le parecen pocas las lágrimas que yo he derramao por su culpa? ¡Váyase! ¡Si Antonio no quiere verle, yo tampoco! (Mutis.)

ANDR. Señá María. ¿Usté oye esto? (Angustiado.) ¿Pero es que me merezco yo...?

MARIA Sí señor; lleva razón la chica; y si usté se niega a lo que le piden, es usté un egoísta! (Mutis.)

ANDR. ¿Un egoísta? (Se sienta junto a la mesa. Con amargura.) Ya lo ves, Angelita... Yo que lo he hecho tóo por tenerle a mi lao... Y ahora, tóos en contra mía...

ANG. (Medio llorando.) ¡Lleva usté razón; es un crimen!

ANDR. ¿Y qué hace un hombre en mi caso? ¿Quiés decírmelo?

ANG. ¿Pregunta usté qué hace? Pues verá. (Va al

recibimiento, a la derecha, y vuelve inmediatamente con un bastón.) ¡Tome usté!

ANDR. Pero oye. ¿Es que me das la *cayada* por respuesta?

ANG. Sí, señor; pa que empieze usté a palos con tóos; porque somos muy malos con usté, y yo lo primera.

ANDR. ¿Mala tú?

ANG. ¡La peor de todas! (Sollozando.) Claro que una mujer enamorada tié su disculpa... *Máxime más,* cuando es la primera ilusión de sacar novio que tiene una...

ANDR. ¿Ande vas a parar?

ANG. A que se ponga usté en el caso de que esa muchacha, ilusioná por un hombre, coge una carta que viene para él... con letra femenina... Y la mira. Y la deja... Pero los celos le dicen «Entérate, no seas prima...» Y la vuelve a coger, y de pronto... como es tan fácil... ¡rás! (Acción de abrir una carta.) ¡Ya está abierta!

ANDR. ¿Pero te has atrevido a abrir una carta dirigida a mí?

ANG. ¡Usté tié la culpa, por hablarme de la alcoba jacobina. (Llorosa.)

ANDR. Y... ¿la has leído?

ANG. Cuatro veces.

ANDR. Oye. ¿Dices que era de una mujer...? ¿De quién era...?

ANG. (Con mucho miedo, y en voz baja.) De... una hermana de la madre de Antonio.

ANDR. (Con ansiedad.) ¿Eh...? (Le mira a los ojos, como para adivinar, y pregunta.) ¿Y qué me ponía en esa carta?

ANG. (Después de una vacilación.) Le ponía a usté verde. Porque se ha enterao de que se quería usté casar con la novia que tuvo Antonio antes de irse a Hollywood...

ANDR. Bueno, ¿y qué más dice?

ANG. Pues... dice... que no está bien que un padre le quite la novia a su hijo.

ANDR. ¡Silencio, no te oigan! ¡En qué hora se te habrá ocurrido!

ANG. (Apurada.) Yo no esperaba enterarme de eso... Iba buscando otra cosa... Si llego a adivinar que iba a darle este disgusto... ¡Máte-

me, señor Andrés! ¡Lléveme a la carcel por haberle abierto la carta!

ANDR. ¡Calla! Solo te pido que no descubras esto a nadie; piensa que yo llevo muchos años de sacrificio por guardar el secreto.

ANG. ¡Pues ha hecho usté mal, porque si Antonio supiera que es hijo suyo, no hubiera desconfiao de usté! Y yo en su caso, se lo decía hoy mismo.

ANDR. Sería amargarle pa siempre. No, Angelita. Yo no quiero que tenga que avergonzarse de náa de su madre, porque a él no le constan las circunstancias y el cariño que mediaron pa que ella faltase a sus deberes. No lo sabrá nunca, aunque a mí me toque sufrir más que las piedras por callarlo.

ANG. Ya me figuro que habrá de por medio asuntos de honra, pero Antonio conoce a las mujeres, y se dará cuenta de lo que arrastra un querer.

ANDR. A un hijo no se le pué decir nunca que pecó su madre; porque la madre no es una mujer; es algo santo que se lleva en el corazón. ¡No se lo digo, Angelita, no se lo digo!

ANG. Usté no se lo dirá; pero el hombre que ha hecho lo que usté, por tenerle a su lao, no se merece que le den con la puerta en las narices. Y si nadie le ayuda, yo sí.

ANDR. ¡Angelita!

ANG. ¡Usté entra en la casa, y usté vive con él, porque yo le voy a decir lo que tié usté que hacer, que es sencillísimo!

ANDR. ¿El qué?

ANG. Casarse conmigo.

ANDR. ¿Yo?

ANG. ¿Qué creía usté, que de esta boda se iba a ir de rositas, como siempre? ¡Ya me está usté pidiendo relaciones, pa decirle que si!

ANDR. ¿Pero esto será una broma?

ANG. Broma ¿eh? Ya me lo dirá al salir de la Iglesia. Y que lo tengo tóo bien pensao. Mire usté: Se casa Antonio con mi prima. Yo me voy a vivir con ellos. ¿Qúé puén decir? Nada. Luego se casa usté conmigo, y

nos quedamos a vivir allí los dos. ¿Qué puén decir?

ANDR. Que somos unos gorrones.

ANG. No importa.

ANDR. Qué corazón tienes. ¡Deja que te abrace!

ANG. Ché... Ché... Despacito, que con una servidora no hay anticipos reintegrables. (Timbre dentro.) Voy a abrir... (Mutis derecha y vuelve en seguida.) Acabo de verle por la mirilla...

ANDR. ¿Es Antonio...? Pues espera. Que sea Milagros la que le abra la puerta. Díselo.

ANG. ¡Milagros, sal a abrir, que llaman...! (A Andrés.) Venga usté por aquí. (Mutis los dos por segunda izquierda.

MILA. (Atravesando, del primera izquierda al segunda derecha.) ¿Quién será? (Mutis. Pausa. Dentro.) ¡Antonio!

ANTON. (Dentro.) ¡Milagros!

ANG. (A Andrés, que asoma también por segunda izquierda.) ¡Chist!

ANDR. ¿Pero aún no han entrao? ¡Pues no tarda ese poco rato en dejar colgao el sombrero...!

ANG. ¡Sí, sombrero...! ¡El beso del recibimiento, que debe ser de los que le han acreditao en la pantalla!

ANDR. ¡Ahí están! (Se ocultan.)

ANTON. (Entrando con MILAGROS.) Anda, Milagros, llama a tu madre, que quiero decirle que todo está olvidado; que comprendo que estaba ciego... Pero tú me perdonas, ¿verdad?

MILA. Merecías que no te perdonase.

ANTON. Fuí torpe, lo comprendo; pero es que cuanto más se quiere, menos se sabe querer. ¿Estás contenta?

MILA. ¡Mucho! Sólo una cosa me nubla la alegría... Ha pasao lo que ha pasao y, sin embargo, comprendo que ese hombre te quiere, y me da pena la condición que le has puesto...

ANTON. ¿Eso de que no venga por casa? Sí, lo reconozco. En el fondo, también me entristece a mí... Pero no es por él, Milagros; es por la gente, es por su historia...

MILA. De todos modos me da lástima. ¿Por qué no hablas con él, que te explique...?

ANTON. Para el tiempo que vamos a estar en Madrid... Tan pronto como nos casemos em-

barcamos para Hollywood. Así que no merece la pena hablar de ese asunto.

ANDR. (Saliendo con Angelita.) Llevas razón, Antonio... No merece la pena... Lo importante es que yo sepa que sois felices, que es lo que os venía a desear antes de marcharme.

ANTON. Padrino...

ANG. Oye, Milagros... ¿No te parece que tendrán que hablar de sus asuntos...? (Haciéndole señas.)

MILA. Sí; voy a decirle a mi madre que has vuelto.

ANG. Natural. Que has vuelto y que has vuelto cambiao... Y que el señor Andrés y tú... y tú y el señor Andrés... Vamos que... ¡Me voy, porque si no...! (A Milagros.) ¡Ay, hija que difícil es pa una mujer que tié muchas cosas que decir, estarse callada! (Mutis primera izquierda, las dos.)

ANDR. (Como rehuyendo la entrevista.) Yo también voy a marcharme. Tengo que ir al Hotel Nacional...

ANTON. Pero antes hemos de despedirnos.

ANDR. Sí. Ya te he oído decir que vuelves a Hollywood... Nunca creí que por culpa mía...

ANTON. Usté se hará cargo de las circunstancias... Uno es conocido... La gente se ocupa de mí... y, al casarme, temo que comenten y relacionen mi boda con esas otras de usted y ¡vamos...! tengo la idea de...

ANDR. (Cariñoso.) ¡Bah! Lo que tú tienes es una cosa, que a tí se te antoja una montaña, y a los demás que la vemos nos parece... ¡náa! ¡Casi una ridiculez...! Mírame bien, Antonio. No tengas celos de mí. Si a esa muchacha la he querido yo siempre, como se pué querer a una hija.

ANTON. Me consta. Sé todo lo que ha hecho usted por guardármela, y no me tenga usted por un ingrato. Por eso, cuando creía que usted llevaba otros propósitos con la Milagros, me dolía más; porque el daño me lo hacía el hombre que siempre fué bueno para mí, el que nos tendió su mano, cuando al morir mi padre, siendo yo un niño,

quedamos mi madre y yo sin cariño y sin pan.

ANDR. Pero ¿a qué recordar ahora historias olvidadas?

ANTON. Yo no puedo olvidar que en aquella casa, todas las alegrías entraban con usted, porque allí lo era usted todo. Y mi madre le quería. Le quería, y hasta me enseñó a quererle a usted como a un padre... (Se detiene. Le mira fijamente, porque ha cruzado una idea por su imaginación y exclama.) ¡Señor Andrés! ¡Usted...!

ANDR. (Asustado.) ¿Qué te pasa?

ANTON. Contésteme con la verdad que se le dice a un hombre.

ANDR. ¿Qué tienes, Antonio? ¿Qué locuras piensas?

ANTON. No pretenda engañarme.

ANDR. ¿Quién te ha dicho?

ANTON. He sido yo... Me lo he dicho con mis propias palabras... ¡Perdóneme usted! (Se abrazan emocionados.)

ANDR. (Llorando.) Hijo... (Pausa.)

ANG. (Que sale, comprende, domina su propia emoción, y exclama para cortar la escena.) ¡Suelte usté al chico, caray; que me abrace también a mí, que pa eso voy a ser su mamá!

ANDR. (A los dos.) Pues ahora, callad esto... Que quede entre nosotros... Que no lo sepa nunca nadie. (Al ver que entran en escena la señora MARIA y MILAGROS, cambia el tono y dice.) Vengan ustedes... Ya ves, Milagros: Es tan bueno, que hasta me ha perdonao y me deja que viva con vosotros...

MILA. (Abrazando a Antonio, con alegría.) ¡Antonio!

ANDR. ¡Y el colmo, señá María, el colmo! Me ha dicho que ya no se van a Hollywood.

LUIS. (Entra por la derecha; trae puestas las gafas y la americana. En la cara, señales de haber recibido algunos golpes. Al verlos abrazados, dice:) ¡Ya veo! ¡Final de película! ¡Todo arreglao! ¡Y ahora, a Norteamérica!

ANG. ¿Pero es que por fin te ha convencido Míster Collinson?

LUIS. Y con unas razones tan contundentes, que me van a costar tres duros de árnica.

ANDR. Bueno, pues a Norteamérica se irá usté solo, pollo; porque Antonio se casa y se queda aquí.

LUIS. Pero ¿y los intereses de la Filiford? ¿Qué es lo que va a decir ahora Míster Collinson?

ANG. Que diga lo que quiera. En siendo nosotros felices... ¡Allá películas!

TELÓN

FIN DE ¡ALLÁ PELÍCULAS!

OBRAS DE EMILIO GONZÁLEZ DEL CASTILLO

«Lazo de unión,» comedia en un acto. (Premiada en el concurso de «El Teatro».)

«El Intruso», Comedia en cuatro actos, basada en la novela de Blasco Ibáñez.

«Fenisa la comedianta», zarzuela en un acto y dos cuadros, música de Rafael Calleja.

«Las Bandoleras», zarzuela cómica en un acto y cuatro cuadros, música de Tomás L. Torregrosa.

«Holmes y Raffles», fantasía melodramática, con música de Pedro Badía.

«La garra de Holmes», segunda parte de la anterior, música de Pedro Badía.

«Cómo se ama», boceto de comedia en dos actos, original.

«¡Pícaro teléfono!», juguete cómico en un acto y en prosa.

«El principe Sin Miedo», cuento de niños en dos actos, en verso, música de Vicente Lleó.

«Sol y Alegría», zarzuela en un acto, música de Tomás L. Torregrosa.

«Los Segadores», zarzuela dramática en un acto, música de Manuel Quislant.

«El bello Narciso», juguete cómico-lírico en un acto, música de Ramón Lopez Montenegro.

«La hermana Piedad», comedia lírica en un acto, música de Quislant y Badía.

«¡Eche usted señoras!», fantasía cómico-lírica-bailable en un acto, música de Quislant y Badía

«Juan Sin Nombre», episodio lírico-dramático en un acto, música de Enrique Reñé.

«Benítez cobrador», humorada lírica en un acto, música de Quislant y Badía.

«El amigo Nicolás», aventuras cómico-líricas en trece cuadros, en prosa, música de Quislant y Badía.

«El Dirigible», fantasía cómico-lírica en dos actos, música de Luna y Escobar.

«Sangre y Arena», zarzuela en un acto, basada en la novela de Blasco Ibáñez, música de Luna y Marquina.

«El Padre Augusto», comedia lírica en un acto, música de los maestros Quislant y Badía.

«A fuerza de puños», zarzuela en un acto, música del maestro Arturo Saco del Valle.

«Los espadachines», novela escénica en nueve cuadros.

«La maja de los claveles», sainete de costumbres madrileñas de principios del siglo XIX, en un acto, en verso, música del maestro Vicente Lleó.

«La reina del Albaicín», zarzuela cómica en dos actos, música del maestro Rafael Calleja.

«El reino de los frescos», revista fantástica, música de los maestros Cayo Vela y Enrique Brú.

«Princesita de ensueño», leyenda fantástica en un acto, musica de M. Amenábar.

«La gloria del vencido», zarzuela en un acto y cuatro cuadros, música de Pablo Luna y M. Amenábar.

«Eva, la niña de la fábrica», refundición en un acto de la ópera en tres actos de Franz Lehar.

«Sybill», opera en tres actos, de Victor Jacobi, adaptación de Pablo Luna.

«Poliche», traducción de la comedia en cuatro actos de Henry Bataille.

«La pobrecita Dolores», humorada en un acto, música del maestro Pedro Badía.

«Mis Cañamón», opereta en tres actos.

«La señorita del cinematógrafo», opereta en tres actos, música de Karl Weinberger, adaptada al castellano en colaboración con Pablo Luna.

«Jack», opereta en tres actos, musica de Victor Jacobi. Adaptación de Pablo Luna.

«El millón de pesos», viaje en dos actos, música de los maestros Quislant y Badía.

«Las morenas y las rubias», pasatiempo en un acto, música de Quislant y Badía.

«A pie y sin dinero», viaje fantástico en un acto, música de los maestros Quislant y Badía.

«El torbellino», voudeville en tres actos, música de los maestras Quislant y Badía.

«El torbellino», arreglo para las compañías de verso.

«Las hijas de España», humorada en un acto, música de los maestros Quislant y Badía.

«El hombre de la montaña», juguete cómico en tres actos.

«Su alteza baila vals», opereta en tres actos, música de Leo Ascher.

«¡Mi Granada...!», fantasía en un acto, música de Lola Victoria de Giner.

«La danzarina de Cracovia», opereta en tres actos. Música de Oscar Nedbal.

«Los Calabreses», opereta en dos actos. Música del maestro Pablo Luna.

«La emperatriz lo manda», opereta en tres actos.

«Los sembradores de frío», drama de espectáculos en cuatro actos.

«La sonata de la muerte», comedia policiaca en cuatro actos.

«El diablo está en el convento», melodrama en cuatro actos.

«El crimen de la Puerta del Sol», melodrama en cuatro actos.

«El duende del teatro de la opera», drama policiaco en cuatro actos.

«El enigma del anillo de rubíes», comedia dramática en cuatro actos.

«En las sombras de la noche», comedia en cuatro actos.

«El toro negro», drama popular andaluz en cuatro actos.

«¡Es mucho Madrid!», revista cómico-bailable en un acto. Música de Juan Antonio Martínez.

«El ministro Giroflán», opereta en tres actos, adaptacion de «La Presidenta», con música de Amadeo Vives.

«Las lunas de miel», fantasía en un acto. Música de Modesto Romero.

«Barcelona se divierte», revista en dos actos. Música de Francisco Alonso.

«La salvación de España», fantasía en un acto. Música de Francisco Alonso.

«Roma se divierte», opereta en tres actos. Música de Jean Gilbert.

«Dedé», juguete en tres actos. Música de Christiné.

«La Bayadera», opereta en tres actos. Música de E. Kalman.

«Teodoro y C.ª», vaudeville en tres actos. Música de Jacinto Guerrero.

«Seis personajes en busca del divorcio», (Ta Bouche.) Música de Maurice Ivain.

«El señor cero», vaudeville en tres actos. Música de José Cabás.

«Las flechas de oro», fantasía en un acto. Música de Juan Antonio Martínez.

«Las mujeres Españolas», fantasía en un acto. Música de Juan Antonio Martínez.

«Cómo se hace un hombre», sainete en dos actos. Música de Jacinto Guerrero.

«La Rosaleda», historieta cómica en tres actos.

«La mano misteriosa», comedia de aventuras en tres actos.

«La joven Turquía», zarzuela en dos actos. Música de Pablo Luna.

«T. S. H. o los pollos de la onda», fantasía en un acto. Música de Pedro Badía y José Power.

«Madame Pompadour», opereta en tres actos de Leo Fall.

«El amigo Venancio», juguete cómico en tres actos adaptación del portugués.

«¡Dios salve al Rey!», zarzuela en dos actos. Música de Pablo Luna.

«La danza de las libélulas», opereta en tres actos de Franz Lehar.

«El país de la sonrisa», opereta en tres actos de Franz Lehar.

«La Calesera», zarzuela en tres actos. Musica de Francisco Alonso.

«Dollars», comedia en tres actos.

«Los Bullangueros», zarzuela en dos actos. Música de Jacinto Guerrero.

«El tren fantasma», comedia en tres actos.

«La Reina del Directorio», zarzuela en tres actos. Música de Francisco Alonso.

«Las Verbeneras», juguete en dos actos. Música de Francisco Alonso.

«¡Más que Paulino!», escenas vascongadas en tres actos.

«La Tatarabuela», comedia en tres actos.

«Canción de amor y de guerra», adaptación de la zarzuela catalana de Capdevila, Mora y Martínez Valls.

«El caballero del guante rojo», zarzuela en dos actos. Música de Pablo Luna.

«La picarona», zarzuela en tres actos, música de Francisco Alonso.

«La playa de Ola-Ola», vaudeville en dos actos, música de Calleja y Luna.

«Las Guapas», pasatiempo en dos actos, música de Alonso y Belda.

«La Castañuela», zarzuela en tres actos, música de Alonso y Acevedo.

«Katiuska», zarzuela en dos actos, música de Sorozábal.

«Las Leandras», pasatiempo en dos actos, con música del maestro Francisco Alonso.

«Las Mimosas», pasatiempo en dos actos, con música del maestro Ernesto Rosillo.

«Paganini», opereta en tres actos, música de Franz Lehar.

«¡Allá películas!», comedia cómica en tres actos.

«Clo-Clo», opereta en tres actos, música de Lehar.

OBRAS DE JOSE MUÑOZ ROMAN

«Quereres primeros», sainete en un acto, con música de Angel M. Pompey.

«El rayo de sol», sainete en dos actos, con música de Pompey y Plá.

«La suerte negra», sainete en un acto, con música de Francisco Alonso, y Emilio Acevedo.

«Los mandarines», disparate cómico en un acto, con música de Acevedo y Giles.

«El Romeral», zarzuela en dos actos, con música de Acevedo y Giles.

«La Tirana del Candil», zarzuela en dos actos, con música de Acevedo y Giles.

«Las Guapas», pasatiempo en dos actos, con música de los maestros Alonso y Belda.

«La Castañuela», zarzuela en tres actos, con música de los maestros Francisco Alonso y Emilio Acevedo.

«Las Leandras», pasatiempo en dos actos, con música del maestro Francisco Alonso.

«Las Mimosas», pasatiempo en dos actos, con música del maestro Ernesto Rosillo.

«¡Allá películas!», comedia cómica en tres actos.

Precio 3 ptas.